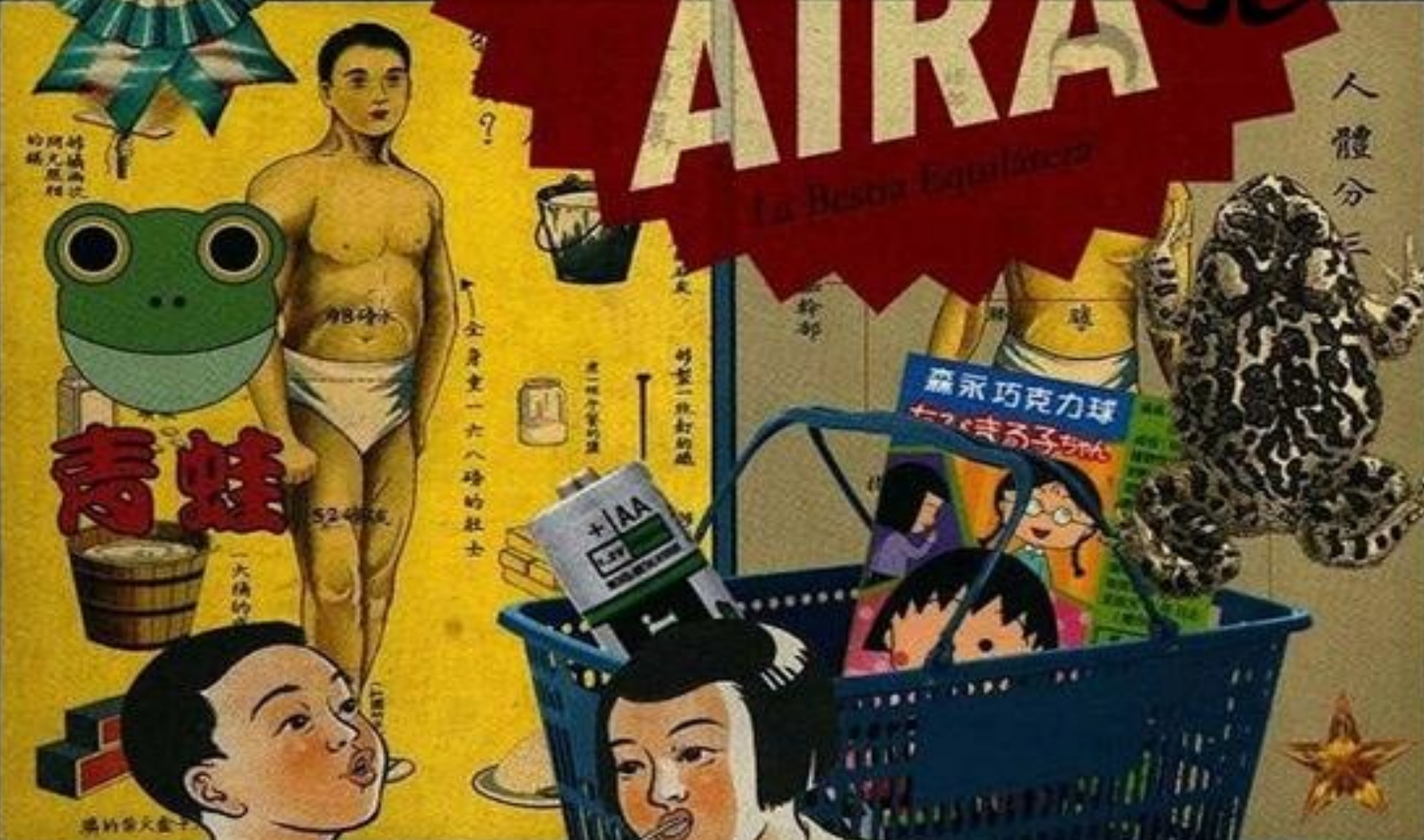


人 體 好 像 工 廠



# EL MÁRMOL CÉSAR AIRA



Un hombre va de compras a un supermercado chino y el cajero, a falta de cambio, le ofrece algunos cachivaches, entre ellos unos misteriosos glóbulos de mármol. Al salir, el encuentro con un joven dispara una serie de aventuras que involucran la promesa de un premio, el hallazgo de una cantera en el bajo de Flores y a una pandilla de supermercadistas chinos llegados de otro planeta, idéntico al nuestro. La vida (y no solo la de estos personajes) gana nuevas dimensiones.

Lectulandia

César Aira

# El mármol

ePub r1.0

Titivillus 11.11.16

César Aira, 2011

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# I

Cuando me bajé los pantalones incliné la cabeza y miré mis piernas, los genitales, los muslos, un conjunto tridimensional, sólido, algo levantado por presión de la superficie sobre la que estaba sentado. La visión tuvo algo de sorpresa, de gratificación. No es que me hubiera olvidado de la existencia de mi cuerpo, ni que la hubiera negado. Pero no la había tenido presente en todo el día, y quizás hacía varios días que no la llevaba a la conciencia, ocupada en problemas, obligaciones, distracciones, en todas las tareas grandes o pequeñas a que nos obliga lo cotidiano. Y de pronto... ahí estaban, mis miembros de placer y de locomoción, sanos y en forma, recordándome que como estaban ellos estaban también los pies que no veía en ese momento y el pecho y los brazos y la cabeza y todos los órganos internos, y hasta los ojos que veían... Me recordaban que lo animal en mí seguía vivo, lo biológico, la representación individual de la especie; un recordatorio de potencia de acción, una promesa de tiempo y movimiento. Fue una visión fugaz; no me demoré contemplando lo que conocía tan bien: fue el primer instante el que contó, y la sensación de íntima felicidad que persistió, sin una causa explícita, sin mucha justificación, pero persistió. Basta tan poco para alzamos por encima del trabajo trivial y absorbente de negociar el día-a-día.

Como digo, fue un instante. Me demoré en relatarlo y explicarlo, y ahora que lo he hecho descubro que no puedo recordar en qué circunstancia me bajé los pantalones. Estoy seguro de que es uno de esos olvidos momentáneos, que se resisten obstinadamente al recuerdo cuando uno trata de forzar la memoria, pero ceden a él un rato después, de forma tan inexplicable e inmotivada como se produjeron. Así que espero, con la pluma suspendida a unos centímetros del papel... Pero no, no viene. Supongo que es porque estoy tratando de recordar, y la clave está en no tratar, olvidarse. Olvidarse para recordar. Tendré que esperar un rato, pensando en otra cosa, y entonces sí volverá, claro y entero, acompañado de una sonrisa, o una risita secreta, disipado ese pequeño vacío y restituida la integridad de los hechos.

Pero descubro que no puedo, por ahora, olvidarme y pensar en otra cosa. En todo caso, lo dejo para más tarde. Ahora no puedo porque me asalta (y quiero dejarme asaltar por ella: quiero disfrutarla) una infinita perplejidad ante la naturaleza del hecho. ¿Cómo pudo ser que yo me haya sacado los pantalones fuera de mi casa, en pleno día...? Estas dos últimas circunstancias las sé porque van unidas a la visión en sí, la que me quedó impresa: la luz era diurna, no artificial, venía del cielo; y definitivamente no estaba en mi casa... ¿Entonces? El enigma se ahonda. Uno puede olvidarse dónde o cuándo estornudó, o vio un perro Chow Chow, o hizo o le pasó cualquier otra cosa intrascendente. Pero bajarse los pantalones no es algo que se confunda con el fluir de actividades y percepciones, no es algo que pase inadvertido ni para los demás ni para uno mismo.

Trato de exprimir más datos de la única visión o el único momento que me quedó.

(Mi pluma volvió a posarse en el papel hace rato. Renuncié a la espera pasiva.) Trato de encontrar el hilo que me lleve al recuerdo. Un solo dato, el mínimo, bastaría... Pero el único dato que logro sacar de la galera no podría ser más intrigante: yo estaba sentado, al sacarme los pantalones, sobre un mármol.

¿Un mármol? Mi desconcierto llega al máximo. No tengo dudas de que era mármol porque el mármol, o al menos la palabra, quedó adherido, no sé por qué, a la sensación original. No tiene nada que ver con la felicidad que me produjo esta, pero ahí está: mármol.

A todo esto, la sensación dichosa con la que empecé no se extingue. No la apaga el olvido, obstinado en no restituirme la ocasión del hecho; tampoco la desluce el enigma del mármol. Al contrario, el mármol le da un toque de extrañeza, de lujo exótico, de una cierta monumentalidad antigua. Viene a sumarse a una perplejidad que en sí misma es gratificante. Yo que no hago más que quejarme de lo aburrida y gris que es mi vida, de pronto me veo frente a un episodio atrevido y memorable, casi una aventura. No se me escapa que pudo ser algo banal, o hasta sórdido y deprimente. Existe esa posibilidad, si bien no le doy mucho crédito a priori, tan tímido y pacato me sé. Pero gracias a ese oportuno blanco en la memoria puedo conservar la incertidumbre en la que se aloja lo novelesco y legendario. Ahí está lo precioso de este segundo momento, y su fragilidad: de pronto, seguramente en unos instantes, se hará el recuerdo, todo se pondrá en su lugar, el mármol quedará explicado y la visión feliz de mis piernas desnudas, puesta en contexto, será apenas una de esas pequeñas alegrías inmotivadas que se dan en la vida, aun en vidas tan poco interesantes como la mía.

De modo que, en realidad, no quiero recordar. Lo que hace un momento me parecía que merecía un esfuerzo ahora me parece que merece un esfuerzo en contra. Quiero pensar en otra cosa, para preservar el olvido; pero recuerdo que lo más eficaz para traer algo a la memoria es no esforzarse en recordarlo sino pensar en otra cosa. De cualquier modo no puedo evitarlo porque me viene a la cabeza algo más. Me pregunto por qué quise dejar registrado por escrito el momento original. Trato de reconstruir la decisión. Aunque no importa si no puedo reconstruirla (no vale la pena molestarse) porque la decisión puedo volver a tomarla, y seguramente lo haré en los mismos términos, ya que sigo siendo el mismo que cuando me senté a escribir.

Quise preservar, poniéndola en negro sobre blanco, una felicidad que por mínima e inmotivada no habría tenido, de otro modo, en qué apoyarse.

## II

Pero sucede que realmente puedo pensar en otra cosa, porque de pronto se me ocurre algo intrigante... Intrigante en sí mismo, y también en su relación con lo que me estaba preocupando hasta aquí: el mármol. Es algo que he tenido dando vueltas en mi pensamiento desde ayer, y ha hecho volar mis ideas por cielos tan distantes que, quizás, fue lo que causó la feliz sorpresa de constatar la persistencia de mi volumen animal. Fue como volver, inesperadamente, de lo abstracto a lo concreto, de lo exótico e inexplicable a lo más íntimo y cotidiano, y darse cuenta de que por lejos que vaya el pensamiento el cuerpo y sus atributos siguen ahí, donde estuvieron siempre. Y el vehículo para este largo viaje instantáneo de regreso fue el mármol, si no la piedra así llamada la palabra que la nombra, «mármol».

Me pasó ayer, como dije; no fue del todo una novedad porque ya me lo había contado mi esposa, y una vecina, y yo además lo sabía por haberlo oído o leído en alguna parte. Y hasta creo que me había pasado a mí mismo, pero no había terminado de registrarlo, o no me había pasado en todo su desarrollo, como ayer. Fue en el supermercado chino que hay en la esquina de casa. Hice una compra, pagué en la caja con dos billetes de veinte y esperé el cambio. El importe lo miré en la pantalla de la registradora, porque si esperaba a que me lo dijera el cajero estaba perdido. Si lo dicen no se les entiende, y como saben que nadie les entiende, y la cantidad aparece en grandes números en la pantalla, no se molestan en decirlo, todo lo más señalan desganadamente los números con un dedo. El cajero era un chino robusto y estólido. La tan mentada «cortesía china» debe de ser un mito, o la emplean solo entre ellos, porque entre nosotros exhiben una apabullante falta de modales. No creo que se pueda decir que se debe a que los chinos que emigran a Sudamérica a poner supermercados pertenecen a una clase comercial baja y pragmática, exenta de las normas culturales de su nación. Nunca podrán hacerme creer eso, al menos mientras yo siga siendo argentino. Un hombre siempre representa a su nación, quiera o no quiera.

La cantidad que indicaba la pantalla era muy precisa y caprichosa, una de esas cantidades que uno se pregunta de dónde salen, y salen de la suma de dos o tres o cuatro cantidades cualesquiera. Era inferior a los cuarenta pesos con los que yo pagaba. No recuerdo cuál era exactamente, pero supongamos que fuera de treinta y seis con cuarenta. Había que dar vuelto, y surgía el eterno problema del cambio. A eso ya estamos tan acostumbrados que ni siquiera nos damos cuenta de que hay un problema. Nadie tiene cambio, y si lo tiene no quiere darlo. Yo entro en las generales de la ley, así que no me quejo.

El chino dijo algo que sonaba como «¿uno cincuenta?, ¿dos?». Tan defectuosa era la pronunciación que podía haber sido cualquier otra cosa. Era el pedido consabido de cambio, ya casi ritual. Negué con la cabeza, sin molestarme en entender. El chino abrió la caja y miró adentro. En los compartimentos metálicos había unos pocos

billetes, y algunas monedas. En realidad esos supermercados tienen bastante movimiento, a pesar de su atmósfera desolada. Pero vacían las cajas cada hora o dos horas, llevan la plata a algún escondite, dejan apenas lo necesario para dar el vuelto, de modo de prevenirse contra los robos, que son frecuentes.

No debería haber sido tan difícil; en un país civilizado esas cosas no pasaban: si el monto de la compra hubiera sido, como puse por ejemplo hipotético, de treinta y seis con cuarenta, el vuelto sobre los cuarenta pesos habría sido de tres con sesenta. El chino sacó un billete de dos, y era el último que tenía: ese compartimento quedó vacío. Revolvió las monedas, que estaban mezcladas. Encontró una sola de cincuenta centavos, las demás eran de diez y de cinco; cuando se puso a contarlas resultó que eran casi todas de cinco. Pensé que me daría un puñado de moneditas que no me servían de nada y me harían un bulto en el bolsillo y producirían un ridículo tintineo que anunciaría mi presencia dondequiera que fuera. No pude reprimir un gesto de fastidio, y él debió de percibirlo aunque no me estaba mirando, porque dejó caer las monedas otra vez en la caja y me mostró el billete de dos y la moneda de cincuenta, lo único presentable que tenía. Faltaba algo. Siguiendo con mi ejemplo, faltarían solo un peso con diez centavos. Yo podría haberme marchado renunciando a esa modesta cantidad, que no iba a cambiarme la vida, pero para eso se habría necesitado una voluntad y una decisión que nunca tengo cuando entro a un supermercado chino; me sentía pasivo, sujeto a los hechos, así que esperé. Me dijo la cifra de lo que faltaba darme, con su dicción semiincomprensible. Había sacado la cuenta mentalmente, en segundos. En eso al menos no vi motivos para retacearle mi admiración. Primero había calculado cuánto vuelto tenía que darme de mis cuarenta pesos, y después cuánto faltaba restados los dos con cincuenta que tenía en la mano. Yo habría necesitado lápiz y papel, concentración y tiempo. Y aun así me habría dado trabajo. Estoy seguro de que yo habría tenido que hacer las cuentas dos veces, para asegurarme. Pero es cierto que no tengo práctica, porque nunca he ejercido el comercio.

Entonces, alterando levemente su gesto de indiferencia hosca, me señaló la percha múltiple de objetos pequeños que se alzaba en la punta del mostrador de la caja. Tardé un momento en entender, pero no mucho porque ya me había pasado antes, y es parte del nuevo folklore que ha florecido al impulso de las dificultades que enfrenta el comercio minorista con la cuestión del cambio: se completan las pequeñas cantidades residual es con artículos de bajo precio. La costumbre se inició en los quioscos, remplazando la última moneda faltante del vuelto con un caramelo, y en la medida en que el problema crecía y el público se hacía más reticente a aceptar caramelos que no tenía ganas de comer, se agregaron otros productos. Yo no había prestado mucha atención al proceso; ignoraba la extensión que había alcanzado; de ahí mi sorpresa al ver la profusión de objetos distintos que ahora me daba a elegir el chino. Por lo visto se había creado toda una industria de las cosas pequeñas y de poco o poquísimo valor.



De hecho, había demasiado. Una selva colgante en miniatura asaltaba la vista con una mercadería de Liliput, difícil de discernir a pesar de, o a causa de, sus colores vivos y las letras y dibujos de sus blísters. Las leyes no escritas del juego exigían que se eligiera rápido, sin pensar. Las señoras que esperaban detrás de mí en la cola tenían un potencial amenazante, y aun sin ellas la operación de la caja era veloz por naturaleza. Eso debía de estar calculado, una pequeña trampa más para que el cliente se llevara cualquier chuchería inútil, con tal de terminar el trámite. Pero también estaba ahí la gracia del asunto, lo que lo volvía instantáneo, sorprendente, y un poco mágico.

Estiré la mano, antes de empezar siquiera a decidirme. La suerte me favoreció, porque vi unas pilas AAA y recordé que había estado pensando en cambiar las del control remoto del televisor, que andaba bastante remolón. Estas eran pilas chinas, bastante sospechosas con sus paisajes pintados para mirar con lupa, pero no me importó porque me daba la impresión de estar llevándolas gratis. Las tomé, metiendo los dedos entre racimos de muñequitos, pastilleros de nácar, zapatos de muñeca, hojitas de afeitar y cápsulas de perfumes franceses falsificados. No sé cómo no tiré nada, pero las agarré y se las mostré al chino. Al instante me dijo algo; creí entender «uno sesenta» (o lo imaginé, asociándolo con «uno se sienta»... a mirar televisión). Pero si era «uno sesenta», es decir un peso con sesenta centavos, me había pasado del peso con diez que él me debía (siempre sobre la base del ejemplo que di); como hizo un ademán en dirección a los objetos pequeños, supuse que había dicho «sesenta», es decir sesenta centavos... ¿Tan baratas eran las pilas? No me dio tiempo a pensarlo; yo también tenía prisa por terminar. Si las pilas costaban sesenta centavos, seguía debiéndome cincuenta y yo debía llevarme algo más. Estaba la posibilidad de que «sesenta» era lo que faltaba completar, en cuyo caso las pilas costaban cincuenta centavos; esta ambigüedad se mantuvo a lo largo de toda la escena.

Sea como fuera, ya debía de estar cerca de completar la cantidad, o sea que debía llevarme algo de menos precio que las pilas, para quedar a mano. En el apuro del momento, iba a tientas, entendía a medias, entendía apenas lo necesario para actuar. Solo ahora, en la calma reflexiva de escribirlo, puedo ponerlo en claro, en fórmulas. De los cuarenta pesos con que yo había pagado mi compra, debía recibir una cantidad equis de vuelto, llamémosla A; de esa cantidad A, el cajero solo tenía una parte, dos con cincuenta. El resto ( $A - 2,50 = B$ ) debía completarlo con las chucherías; llamando e al precio de la primera de las chucherías elegidas (las pilas) ahora el resto, llamémoslo D, se calculaba con otra resta:  $B - e = D$ . El chino hacía estas cuentas mentalmente, y me tiraba el resultado en su castellano defectuoso, incomprensible para mí, que soy de los que si no les hablan claro no entienden.

Volví a tomar algo, ahora sí al azar. Era un ojo de goma, que al apretarlo desprendía una débil luminosidad roja; un juguete chino, seguramente, aunque era raro que le hubieran pintado el iris celeste, y que la luz que desprendía fuera roja, como si representara el ojo de un inglés borracho. Lo tomé pensando que algo de

funcionamiento tan sofisticado (en mi infancia eso habría parecido de ciencia ficción) sería caro, y saldaría el resto, si es que no se pasaba. Me equivoqué. La industria hoy, sobre todo la china, hace masivamente objetos que incorporan mucha tecnología pero no valen nada; este ojo debía de ser extremadamente barato, y además el cajero era honesto (más que honesto: escrupuloso), porque bien podría haber dado por liquidada la operación y yo me habría ido sin más. Pero soltó un nuevo número, que sonó a «treinta», aunque podría haber sido otro, y se quedó esperando a que yo sacara otra de esas naderías. Probablemente la clientela habitual en esos casos las tomaba de a varias; quizás yo había cometido un error al tomadas de a una, pero ahora que lo había hecho no tenía más remedio que seguir así, sobre todo porque pensé que con una más ya llegábamos. Descolgué cualquier cosa, lo que primero tocó mi mano: era una tabla de proteínas.

El chino: «quince». (¿O decía otra cosa?)

Yo ya había perdido la cuenta. Debían de faltar centavos. Pero me pareció descortés interrumpir la operación, que debía de ser una forma de la cortesía china, al fin de cuentas.

Volví a dejar actuar el azar; si la suerte me favorecía podía acertar con el objeto que costara exactamente la cantidad necesaria para cerrar la cuenta. La suerte actúa con el azar, no con la determinación. Tomé algo sin mirar: una hebilla dorada.

«Dos». (¿O «doce»? Quién sabe.)

Con un solo ademán nervioso tomé otra cosa. Era una cucharita lupa. Nunca antes había visto una. Pero no pude demorarme en mirada porque ya el chino había dicho algo como «siete», o quizás «diez», lo que debía de significar que yo tenía que seguir eligiendo y llevándome casitas.

No hice la cuenta en ese momento, no habría podido hacerla, pero ahora me pregunto cuál habrá sido la progresión, o regresión. Aun ahora, con tiempo de sobra, y calma para concentrarme, y papel donde ir haciendo la lista y las cuentas, no es fácil, en primer lugar porque la cifra que di como el resto del vuelto que yo debía completar en especie, uno con sesenta, fue una cifra que inventé a efectos de dar un ejemplo. En segundo lugar, porque las cantidades que me iba diciendo el chino, en su castellano mal aprendido, yo las entendía a medias, o menos que a medias, o directamente las adivinaba (y además ahora no las recuerdo). Y en tercer lugar porque no sé si las cantidades que me iba cantando correspondían al precio de cada chuchería o al resto que seguía faltando.

Con todas estas dificultades y reparos, un cálculo aproximativo sería el siguiente: si las pilas costaban sesenta centavos, el monto original de un peso con diez había disminuido gracias a ellas a cincuenta centavos. Luego, si realmente el ojo de goma costaba treinta centavos, había que restar estos de los cincuenta, y quedaban veinte. Después había venido la tabla de proteínas: «quince». De modo que ahí habían quedado cinco centavos... ¿Por qué no me dio en ese momento una de las moneditas de la caja, que todavía tenía abierta, y me despachaba en paz? Seguramente porque

sacaba alguna ganancia si yo me llevaba un objeto pequeño en lugar de la moneda. Era increíble que alguien descendiera a semejante microscopía del provecho, pero uno nunca sabe cómo funciona la mente ajena.

Ahí yo escogí la hebilla dorada, y él había dicho, o yo había creído oír: «dos». ¿Sería posible que de cinco restara dos? ¿Se estaba manejando con unidades de centavo? La moneda de menos valor en circulación era la de cinco centavos. Pero sí, las monedas de un centavo existían, aunque no se usaban, y creo recordar alguna directiva del Banco Central en el sentido de que cuando los comercios no dispusieran de ellas debían redondear en favor del cliente. (El verbo «redondear», por lo visto, no figuraba en el vocabulario de este chino.)

Como sea: si restaban tres centavos, y yo tomé la cucharita lupa, ¿cómo pudo ser que me haya dicho algo como «siete» o «diez»? ¿Había llegado a fracciones de centavo? Eso era imposible. Se me ocurre que lo que me dijo entonces no fue «siete» ni «diez» sino «bien»: quizás me quería decir que yo «iba bien», que me faltaba poco...

No necesitaba que me lo dijeran porque intuitivamente yo estaba seguro de que faltaba poco... Desafiante, tomé un anillo de plástico dorado. No debía de costar nada, pero aun así tenía que tener un precio. Fuera este el que fuera, no acerté: todavía faltaba.

Subí la apuesta: tomé una cámara fotográfica del tamaño de un dado. Si, como calculo ahora, faltaba poco más o menos que un centavo, esa era la cámara más barata del mundo. Claro que era un juguete, y era dudoso que funcionara.

Cada vez que tomaba algo, se lo mostraba al cajero chino en la palma de la mano, donde los iba acumulando; cabía el conjunto entero en una mano, porque eran objetos realmente muy pequeños. El chino debía de tener todos los precios en la cabeza; seguramente esta ceremonia la repetía cincuenta veces por día.

El azar, o alguna ley matemática desconocida por mí, hizo que a pesar de todo no llegáramos al cero. Quedó un resto, ya juzgar por el hecho de que no hubo más invitaciones a elegir, supuse que ese resto era tan menor que cualquiera de los objetos, a pesar de sus precios ínfimos, lo superaría. Entonces el chino me hizo una pregunta que descifré como «¿glóbulos?» aunque sonaba «gróburo». Asentí, sin saber a qué. Metió la mano en una lata que tenía atrás de la caja y sacó un puñado de bolitas blancas. Ahí recordé: eran los glóbulos de mármol, con los que terminaban de completar los restos de vuelto en los supermercados chinos. Para esta función tenían la ventaja no solo de ser baratísimos sino de ser divisibles, pues se vendían por unidad; su precio debía de ser de un peso el millar, o sea diez por centavo; no había cantidad pequeña tan caprichosa que no pudiera cubrirse con ellos. Pero los usaban solo como último recurso, para el resto más irreductible. No querían «quemarlos» abusando de su servicio.

Esa, y no otra, era la asociación con el mármol que yo había hecho.

### III

Claro que todo esto no explica ni mucho menos por qué yo me había bajado los pantalones en pleno día y en un lugar que no era mi casa, sentado en un mármol... Es rarísimo: raro que lo haya hecho, por ajeno a mis hábitos rutinarios y domésticos; y más raro todavía que no recuerde la ocasión. Sigo pensando que es uno de esos blancos momentáneos y caprichosos, que se disipan (o al contrario: se llenan y precisan) con tan poco motivo como se produjeron. En ese caso, solo es cuestión de esperar. Pero me impaciento, justificadamente.

La lapicera volvió a quedar suspendida un rato sobre el cuaderno. Aunque me consta que la memoria es refractaria al método, intenté acercarme por descarte. No hay tantas ocasiones posibles en que uno se saque la ropa fuera de su casa... ¿Un lance de sexo? Es lo primero que se le ocurriría a otro, lo último a mí; no, no hubo nada de eso. ¿El probador de una tienda? No, porque hace mucho que no me compro ropa. Tampoco voy a un gimnasio ni a una pileta de natación, ni me siento en los baños de bares o restaurantes.

No. Es en vano. Lo más que podría rendir este ejercicio de busca sería darme por asociación la punta del hilo que me llevaría al recuerdo. Y sospecho, no sé por qué motivo, que lo que me llevará a esa asociación de ideas será algo que no tenga nada que ver con nada, algo que venga del lado menos previsible...

Pero aunque no fuera así, seguiría siendo en vano porque tengo el pensamiento en otra cosa: en los glóbulos de mármol.

¡Qué idea! «Glóbulos de mármol.» ¿A quién se le pudo ocurrir? Lo absurdo del concepto hizo su éxito popular. Aunque hablar de éxito o popularidad en este caso es exagerado; es algo de lo que se habla con una sonrisa, una de esas curiosidades raras que aparecen de vez en cuando, duran lo que dura un chiste, y después quedan como lujo de memoriosos (más o menos como los Sea Monkeys). Además, no creo que se hayan difundido fuera del círculo de los supermercados chinos, y no sé si todos o solo los de mi barrio —donde, es cierto, estos establecimientos proliferan hasta el exceso—. No se justifica tampoco hablar de éxito por el hecho de que al fin de cuentas se los terminó usando solo para completar el cambio, señal de que nadie los compra espontáneamente. ¿Y por qué iban a comprarlos? ¿Para qué sirven?

Habían empezado a difundirse teorías al respecto, pero eran, precisamente, teorías, y nada más. Mitos urbanos. Cualquiera puede inventarle una función a un objeto imprevisto, con un poco de imaginación. Nada más fácil. Hasta yo...

Hablando con propiedad, la imaginación, ¿para qué sirve? ¿No es ella también, y ella en primer lugar, un objeto sin función aparente incrustado en la mente? Son los objetos extraños los que le crean una función... De esa circularidad debe de provenir la sensación de desconcierto y perplejidad que me asalta a veces.

Yo no le había prestado mucha atención al asunto. Como dije, tenía noticias de la existencia de los glóbulos, pero no una noción firme de su existencia real: supongo

que había pensado, si es que lo pensé, que podía ser algo de la televisión, o el nombre metafórico de alguna golosina, o saldos del *merchandising* de una película fantástica. Pero no. En cualquiera de esas posibilidades habría estado apuntado a los niños, y una advertencia severa, que recuerdo haber oído, era la de no dejarlos al alcance de los niños: no son comestibles, lejos de ello, y su pequeño tamaño los hace peligrosos para criaturas que se los lleven a la boca o a los agujeritos de la nariz.

Una de las teorías hablaba de «fichas» para una especie de juego de estrategia china, lo que no sonaba convincente por la forma esférica y el tamaño minúsculo de las bolitas. Otras sostenían esto o lo otro. Remedio infalible para la ictericia. Aceleradores de imágenes que podían correr por dentro de los cables de televisión. Munición blanca para atontar aves. Una, más ingeniosa (quizás demasiado), proponía que su utilidad era la producción de efervescencia, pero en sólidos, no en líquidos; es decir que introducidos en un cuerpo sólido, se disolvían en él y lo volvían efervescente. A quién se le pudo ocurrir algo tan peregrino, lo ignoro; probablemente a alguien que intentó disolver los glóbulos en un líquido, no lo logró a pesar de mucho revolver, y supuso que si en lugar de un líquido fuera un sólido sí funcionaría.

Esta debió de ser la teoría más original; la última en la que se ejercitaba el ingenio colectivo después de postular muchas más. Su cualidad de última se asentaba, más que en su insuperable extravagancia, en el hecho de que no era comprobable: ¿quién podía introducir un sólido en otro sólido?

Por mi parte, si me hubieran preguntado, habría dicho que eran objetos inútiles, nada más que bolitas blancas que no servían sino para decorar una pecera o ponerlas en un frasco. O para calmar los nervios haciéndolas correr entre los dedos.

Mucho más realista que todo lo anterior habría sido remitirse al uso que se les daba en los hechos: completar el cambio. Al fin de cuentas, estaban sirviendo efectivamente para eso. Pero nadie se daría por satisfecho con tan poco.

A los chinos de los supermercados, que eran en definitiva quienes los ponían en circulación, era inútil preguntarles. No se les entendía nada. Aun cuando el que los interrogara tuviera mejor oído que yo para descifrar el mensaje a través de sus gruesas deformaciones idiomáticas, creo que no habría sacado nada en limpio. Pues no solo eran lenguas distintas, sino que esas lenguas eran expresión de diagramas distintos del mundo.

Y eso todavía no habría sido lo más grave. Los mismos chinos no debían de saberlo. ¿Cómo lo iban a saber? ¿Quién se lo podría haber explicado? Ellos eran lo menos eficiente del mundo en entender nuestra lengua, y aunque así no hubiera sido lo único que tenía para decirles era alguna de las ridículas teorías que corrían por ahí. Se había establecido un perfecto círculo de lo inexplicable. Porque nosotros los argentinos creíamos que eran ellos los que sabían, y no era así.

El malentendido venía de creer que los glóbulos de mármol eran una importación china, lo mismo que todas las otras pequeñas mercaderías inútiles que llenaban sus tiendas. Y en realidad, como vine a saber por la más curiosa de las circunstancias, los

glóbulos eran una producción nacional.

Aquí se me antoja hacer una breve descripción de estos objetos, aun cuando soy consciente de que sigo alejándome de mi propósito inicial, que era...

En fin, no sé exactamente cuál era. Recordar la circunstancia en que me sacaba los pantalones y veía mis piernas y mi sexo... Eso no es un propósito, porque se hace solo, cuando la memoria así lo quiere. Más cercano a la verdad sería decir que quise dejar por escrito el registro de un instante de felicidad y de satisfacción conmigo mismo, sentimientos ambos tan raros en mi vida.

Los glóbulos no eran de mármol en realidad, sino de algo que había sido llamado «pre-mármol». Es decir, su estructura atómica era exactamente la del mármol, pero un instante antes de que esta se configurara en su forma definitiva. Su descubrimiento causó sensación en ciertos círculos científicos —círculos restringidos, es cierto, y no muy bien vistos por la comunidad científica en general, ya que confinaban con el fantaseo y la charlatanería—. Se creyó que su estudio podía dar la clave del tiempo, o al menos de la preexistencia del tiempo. Pero por lo visto no hubo una mente lo bastante sagaz como para sacar las conclusiones pertinentes, y ahí quedó todo, en una promesa incumplida.

Esta decepción era la segunda que producía el tema. La primera había tenido lugar cuando al descubrimiento de la cantera, en algún lugar de la Argentina, le siguió el descubrimiento de que no sería mármol lo que iba a extraerse de allí, sino esas miserables bolitas.

La ilusión que se había creado era la del desarrollo sustentable en áreas de pobreza extrema. Era justamente en una de estas áreas donde se había descubierto la supuesta cantera. Con esa proyección imaginativa tan característica de mis connacionales, que nos ha costado tantos sinsabores y nos ha puesto a tanta distancia de la realidad, se pronosticó que tendríamos una Carrara propia, fuente de riqueza y bienestar. Y no se trataba, en este fantaseo prospectivo, solo de riqueza material: la «nueva Carrara» se contaminaba con las obras maestras del arte que se habían hecho con el mármol de la famosa cantera italiana, y entonces se volvía un sueño de refinamiento y cultura, de belleza, de juventud eterna. Es comprensible que cuando el globo se pinchó, y de él brotaron, como de una piñata en contra, los inútiles glóbulos solo aptos para supermercados chinos, que eran lo opuesto del refinamiento y la belleza, el público en general haya preferido olvidarlos, y fue por eso, supongo, que quedaron velados por el misterio.

Un misterio, es innecesario decirlo, trivial, casi risible. Uno de esos misterios que nadie se pone en serio a examinar, porque no vale la pena. Lo máximo que se podía lograr con una investigación en regla era una tercera decepción.

## IV

Me quedaba algo por contar, y como lo tengo en la cabeza haciendo obstrucción a lo que me he propuesto recordar, será mejor que lo ponga por escrito, para que desaparezca de una buena vez. Se trata de un episodio de apariencia anodina que tuvo lugar cuando salía del supermercado. Me abordó un jovencito chino, después de seguirme unos pasos. Ya lo había visto al entrar, parado en la puerta, fumando. Era eso lo que me había llamado la atención; los chinos, lo he notado, fuman muchísimo. Parece no importarles el daño que causa el tabaco a la salud. Pero aun así, me chocó ver a este joven tan joven fumando. Parecía un niño de once o doce años; aunque podía engañarme: hay orientales que por lo esmirriados parecen siempre niños. La impresión que me causaba este, más allá de su hábito de fumar, no era buena. Daba una impresión de desaseo, con el pelo largo cayéndole sobre la cara, y teñido de amarillo, la ropa de mala calidad colgando de su cuerpo flaco, y los pies desnudos en unas ojotas de goma a pesar del frío. Eso no habría sido motivo de crítica, de no ser por la cara y la expresión, que tenían ese aire remoto que se asocia habitualmente a la criminalidad, si bien en este caso debía de obedecer más bien a lo chino.

Pues bien: lo volví a ver cuando salía, después de mi ceremonia del cambio. Lo registré por una circunstancia puntual: seguía fumando. El hecho no habría tenido nada de especial (a mí qué me importaba: que hiciera con su salud lo que quisiera) de no ser porque durante la elección de los objetos pequeños y el cálculo correspondiente yo no había dejado de preocuparme por acaparar la caja demasiado tiempo y hacer esperar a los que estaban detrás de mí en la cola. De modo que cuando lo vi, todavía fumando, pensé que lo que me había parecido un lapso muy extenso en realidad debía de haber sido muy breve, para que él no hubiera terminado su cigarrillo.

Claro que sí podía haber pasado mucho tiempo, y él estaba fumando otro cigarrillo, después de haber tirado el primero y dejado pasar un rato, hasta recuperar las ganas de fumar. Aunque hay fumadores empedernidos que encienden un cigarrillo con la colilla del anterior; pero supongo (solo lo supongo, al no ser yo fumador ni haber hecho observaciones al respecto) que los fumadores más empedernidos son los que fuman más lento...

Sea como fuera, no tiene importancia. Toqué el tema solo para decir que al salir lo vi, como lo había visto al entrar, y me causó la misma impresión, acentuada por el hecho de que esta vez él me miró, y puso cierta insistencia en la mirada. Me sentí molesto, y creo que aceleré el paso.

—¡Señol, señol!

¿Qué? ¿Me olvidaba algo? ¿El paraguas? ¿La cabeza? No. No estaba lloviendo. Inmediatamente pasó a tutearme; ese «señal» con el que me había interpelado no era, evidentemente, un tratamiento de respeto. Que un adolescente tutee a un señor mayor desconocido no es tan raro hoy día, y en este caso estaba disculpado por el manejo

defectuoso de la lengua.

No haré hincapié en la dificultad que tuve para entender lo que me decía. Podría afirmar, sin mentir, que le entendía una cuarta parte de lo que decía; y esa parte, me temo, la entendía mal. ¿Habría llegado poco tiempo atrás a nuestro país? ¿Su vida en la Argentina, breve o prolongada, había transcurrido en un círculo cerradamente chino, familiar, sin contacto con hispanoparlantes? Su postura, su talante, a priori no lo hacía candidato a una vida familiar. Pero creo que la explicación no pasa por la respuesta a estas preguntas. Podía haber crecido aquí y haberse criado entre argentinos, haber ido a la escuela... Un poco de acento chino que hubiera conservado, más las deformaciones del dialecto juvenil, bastaban para hacérmelo incomprensible. Sí, era un joven de un barrio de Buenos Aires, casi típico; lo chino lo hacía más autóctono todavía; lo chino acentuaba ese «qué me importa» de los jóvenes muy jóvenes. Qué les importa que no se les entienda, si no tienen nada que decirle a nadie.

Me producía una impresión mixta. Y no es que me haya puesto a analizarla, ni en ese primer momento ni después, porque en su presencia tenía que pensar urgentemente en otras cosas. Él imponía la urgencia, con su cháchara, con sus alarmas y revelaciones. Una cosa lo vindicaba, empero, y era quizás lo más extraño de todo: no se molestaba ni impacientaba porque yo no lo entendiera. Seguía adelante, como si no tuviera importancia.

Resumiré, sin intentar reproducir, lo que me dijo. Tenía que ver con los glóbulos de mármol. Me había visto aceptarlos, y tenía algo que comunicarme o explicarme (¡O advertirme!) sobre ellos. Me llevé la mano al bolsillo, donde los había metido sin mirarlos, junto con el resto del cotillón de miniaturas. Sí, ahí estaban. ¿Los quería? Se los regalaba. A mí no me servían para nada. Los miró con alarmada avidez, pero negó con energía, como si negara doble o triplemente: no, no los quería él, no podía quererlos ni él ni nadie, solo yo... No podía desprenderme de ellos porque solo en mi posesión tenían alguna utilidad... No dijo cuál podía ser esa utilidad pero daba a entender que era portentosa. Sospeché que había algún malentendido. Pero renunciaba de antemano a desentrañarlo. Por lo visto este chico había estado parado en la puerta del supermercado, quién sabe desde qué hora, fumando sin parar y desafiando el frío cortante con su ropa liviana y los pies desnudos en las ojotas, vigilando la caja, hasta que saliera alguien llevándose glóbulos de mármol... Y había sido yo. Pero no podía creer que yo hubiera sido el único cliente que aceptara las famosas bolitas. ¿No se las daban a todos los compradores cuando no había cambio justo? No tuve tiempo de digerir la revolución mental que eso debería haber significado. Creer que uno ha estado haciendo algo que hace todo el mundo, y descubrir que uno fue el único que lo hizo, causa una conmoción, casi tanto como descubrirse desnudo en medio de la multitud.

Pero era apenas una suposición, una «hipótesis de trabajo», podría decirse, para orientarme en la perplejidad.



El chinito insistía, o así me pareció, en que con los glóbulos de mármol en mi poder se me abrían insólitas posibilidades de acción. Cuando le oí decir algo de la televisión, creí empezar a entender: esas bolitas estaban relacionadas con algún juego de PlayStation, y como todo lo que tiene que ver con el asunto me es ajeno y lo rechazo (por principio generacional tanto como intelectual) cerré la mente como una ostra enojada y decidí poner punto final a la comedia.

Hice mal. No había ningún juego electrónico en el horizonte, y cuando lo comprendí y quise volver a abrirme me costó trabajo. Perdí tiempo; cuando volví a prestar atención el cuento había llegado a otro estadio. Mi joven amigo insistía en que las instrucciones me las darían por la televisión, y era inminente —o ya me las estaban dando y me las estaba perdiendo...—. Eso lo deduje más de sus ademanes que de sus palabras, que para mí seguían siendo chino básico: me señalaba el reloj pulsera. Aunque quizás me estaba señalando la mano, o el bolsillo, o cualquier otra cosa. Decidí creer que había entendido bien, para no hacerme más problema. Después de todo, podía ser cierto. Hoy día la televisión está llena de juegos interactivos, con premios enormes. A veces, con responder a una sola pregunta, o con nada más que decir «hola», se pueden ganar millones. Lo sé porque veo todos esos programas, que me fascinan...

Aquí debo hacer una confesión, que me avergüenza un poco pero sin la cual no se entendería mi reacción. El dinero es importante para mí. Se ha vuelto casi un *leitmotiv* en mi mente, de la que debería haber desaparecido, a mi edad. Sucede que por motivos de salud tuve que pedir una jubilación anticipada y dejar de trabajar. La imprevisión, la situación calamitosa de las Cajas de Retiro, y por qué no admitirlo, una capacidad profesional escasa que no me permitió avanzar lo suficiente, hicieron que mi haber jubilatorio sea una verdadera miseria. No soy el único en el país en esa condición, ni siquiera el que peor está. Pero ya se sabe que «mal de muchos...». Además, no estoy en edad de reducirme a esos mínimos de vida de los viejecitos resignados; no llego, aunque me acerco, a los sesenta años, que es cuando un hombre, en nuestra época, está en su segunda plenitud y puede gozar de mucho de lo que le ofrece el mundo... Pero aun sin pensar en viajes o lujos... Con lo mío no alcanza para vivir con las comodidades básicas. Es mi esposa la que mantiene la casa. Ella manejó mejor su carrera, es una psicóloga prestigiosa, gana bien... Lo paga con horarios extenuantes de trabajo, responsabilidades abrumadoras y un desgaste general que ella no me echa en cara pero que para mí representa una sorda tortura permanente.

No puede sorprender entonces que yo me entregue a fantaseos inefectivos frente a esos programas, que, ¡ay!, siempre tengo tiempo para ver (todas mis ocupaciones se resumen en hacer las compras en el supermercado). En la relativa impotencia en que me encuentro, es bastante lógico que deje deslizarse mi imaginación al campo de las soluciones mágicas. Y como imaginación no tengo, me adhiero a las que proporciona la televisión. Veo, o por mejor decir oigo, a una señora trémula contestar a una

pregunta («¿Qué órgano del cuerpo humano contiene nitrógeno?») con la que gana cien mil dólares, y ya estoy calculando qué haría yo con los cien mil dólares, hasta cuándo me alcanzarían...

Porque siempre presupongo que es el único premio que voy a ganarme, y entonces calculo los años que me quedan de vida, y divido la plata por esa cantidad, y después por doce para ver cuánto puedo gastar por mes... Son ensoñaciones un tanto mezquinas, lo reconozco, voy a lo seguro, no hago locuras. La mayor locura que hago es dividir solo por diez: hasta que cumpla los setenta, así puedo gastar más y darme la gran vida, lo que pase después no me importa, me muero... Pero quizás no me muera, y entonces, ya definitivamente sin plata, me veo condenado a una vejez miserable y dependiente, y me deprimó.

Fue por esto que acepté las frases mal comprendidas del joven chino, y se me contagió su apuro por ver la televisión... No sé... Me pasaron por la mente unas ideas bastante bizarras, por ejemplo la imagen de una presentadora de programas de entretenimientos de la tarde, diciendo: «Tenemos un señor que recibió glóbulos de mármol... Hola, hola, ¿está ahí? ¿Nos está viendo? Solo tiene que decirnos la cantidad de glóbulos que recibió, y si coincide con los que están en el tablero gana...». ¿Pero dónde había un televisor? Mi casa estaba ahí nomás, a la vuelta. En un impulso, sin pensarlo más, le dije que fuéramos allá. Mi esposa no estaba (los jueves vuelve tardísimo) y no tenía por qué enterarse de que yo había hecho entrar a un desconocido, y uno tan impresentable como este.

Casi me reí al pensarlo. El chinito había apurado el paso, y yo también, al oír mi invitación. Seguía fumando, y escupiendo cada dos o tres pasos, unas escupidas rectas como balazos que proyectaba en cualquier dirección sin dejar de hablar. Su aire era el de un indigente, y no exactamente como una estética. Por lo visto era de los que no se preocupan por su apariencia, ni por el efecto que esta provoca. Yo debía repetirme, para ubicarme, que estaba en compañía de un miembro de una cultura diferente, con otras normas y otros valores.

Además, no podía contar con la inevitable universalización que trae la edad, porque era casi un niño. Imberbe, con rasgos delicados aun en su vulgaridad, los dedos con los que se llevaba el cigarrillo a los labios parecían de porcelana, de muñeco, lo mismo que los pies. No podía tener más de quince o dieciséis años. ¿No le daba miedo ir a la casa de un perfecto extraño? ¿Nadie le había advertido de los peligros que corren los menores en manos de criminales y perversos? No. Los chinos tenían otras cosas de las que preocuparse.

Pero eso me llevó a preguntarme si el que corría peligro no era yo, al meterlo en mi casa. Porque la criminalidad de los menores está a la orden del día, y esta inversión del tema me hacía verlo bajo otra luz... Una cara de ángel no era una garantía, y este ángel provenía de los oscuros paraísos orientales. Pero ya habíamos llegado. Abrí la cancel. Entramos. Mis últimas reflexiones, además de desengancharme de lo que él me estaba diciendo, me habían despertado cierta

inquietud, así que quise apurar el trámite y terminar cuanto antes.

Ahí está el televisor, dije sin palabras, con un ademán impaciente. ¿Y ahora qué? No me había sacado el sobretodo; me había limitado a dejar la bolsa de las compras en un sillón. Él no perdió tiempo en apreciar la decoración. Ni siquiera había necesitado que yo le señalara el lugar del televisor. Ya tenía en la mano el control remoto. La escena, de por sí, me deprimía. Encender el televisor... Abandonar el mundo, la riqueza y variedad de la vida en ese mundo en el que yo ya no tenía nada que hacer, para encerrarme en la fascinación idiotizada de las imágenes en mis ensueños vulgares de dinero... Era algo tan repetido, tan sin salida, que su mero protocolo bastaba para hacérmelo sentir como una condena.

Otra vez me había desenganchado de la conversación, si es que lo nuestro podía llamarse conversación, y esta vez sentí que me había perdido algo importante, quizás la explicación de la maniobra. Me consolé pensando que aunque hubiera estado atento no habría entendido nada. El chinito (le daré su nombre, que supe después: Jonathan) cambiaba frenéticamente de canales. Creí que buscaba el programa en el que se jugaba con los glóbulos de mármol.

No era así. Por supuesto que no era así, porque ese programa no existía, cosa que yo debía saber, dada mi frecuentación tan asidua a los programas de la tarde. No pretendía quedarse en ningún canal, sino pasar de uno a otro lo más rápido posible. Mi presunción de que ese muchacho tenía algo de loco se acentuaba. Con ese reflejo que todos tenemos, de seguirle la corriente a los locos, le dije que había dos botones, con flechitas, para subir y bajar por las distintas señales, porque noté que él lo hacía marcando los números. Me calló con un chistido de impaciencia. Su pulgar volaba por los botones de los números, como los que escriben mensajes de texto en los telefonitos. Me di cuenta de que repetía una serie de números, una serie larga, de unos veinte números, y en la pantalla se sucedían veinte imágenes inconexas de otros tantos canales, que permanecían un instante apenas antes de cambiar. Eso empezó a interesarme más, porque tenía un sistema, y bastante enigmático. Mientras lo hacía murmuraba algo, y suspiraba y se quejaba, nervioso, erizado. Volvía a empezar, la misma serie, por tercera o cuarta vez, tratando de hacerla más rápido... Pero no lo lograba. Algo estaba fallando. Yo me había posesionado insensiblemente, como si significara algo para mí también.

Al fin, frustrado, bajó el brazo, y se lo veía tan desalentado y enojado que temí que estrellara el control remoto contra la pared. Pero en ese momento una sonrisa (la primera que le veía) iluminó su rostro adusto y concentrado, y se llevó la mano, con control remoto y todo, a la frente, en el ademán consabido de «¡cómo pude olvidarme!». Yo sonreí también, por contagio, sin entender de qué se trataba. Y seguí sin entender cuando él me señalaba el bolsillo del sobretodo y decía algo. Me estaba pidiendo... ¿qué? ¿Los glóbulos, otra vez? Los saqué, junto con las demás chucherías con las que estaban mezclados. Él se precipitó hacia mi palma abierta, hizo a un lado los glóbulos y tomó las dos pilas AAA. Ahí sí entendí lo que se proponía y estuve a

punto de hacer yo también el ademán del recuerdo recuperado, porque al tomar las pilas en el supermercado había pensado en usarlas en el control remoto.

Fue lo que hizo, con más habilidad que con la que lo habría hecho yo. Sacó las pilas viejas, colocó las nuevas, y volvió a teclear. Marcó todos los números de la serie, a modo de prueba, acelerando, y pareció satisfecho. En efecto, ahora la velocidad a la que cambiaban los canales era relampagueante. Se detuvo en el último número y me miró antes de recomenzar, como diciéndome: «ahora sí, va la definitiva, preste atención». Comprendí, en forma subliminal, que eso se refería a lo que me había estado diciendo antes. ¿Pero qué me había dicho? Me pregunté si yo no estaría entendiéndolo más de lo que yo mismo creía. Porque descubrí en mí una explicación, que tanto podía provenir de mí (quizás la estaba inventando en ese momento), como de él, y esto último me parecía más probable, porque era algo que no se me habría ocurrido ni en mil años. Se trataba de lo siguiente: cambiando de canal a gran velocidad (pero a la velocidad justa) se podía oír una palabra en cada canal, y circulando por una serie determinada de canales, esas palabras formaban una frase, un mensaje secreto, perfectamente oculto pero disponible para el que tuviera la clave...

¿Podía ser? Parecía demasiado fantasioso, pero cosas más raras pasan. Traté de fijar la atención en el televisor, donde las imágenes y el audio correspondiente cambiaban vertiginosamente. Adaptar el oído a ese juego no era tarea fácil. *rone... iz... blau... menos...* No le encontraba el sentido. Pero Jonathan escuchaba con apasionada intensidad, la vista fija en la pantalla, el pulgar acertando al tacto, articulando palabras mudas con los labios... ¿Serían palabras en chino las que se formaban con esos fragmentos sonoros incongruentes? ¿O se formarían mediante acertijos, uniendo imagen y sonido? Me propuse preguntárselo, y antes preguntarle cómo se había enterado de la existencia de estos mensajes, y cómo había obtenido la clave numérica... De pronto ese chico tan anodino se volvía interesante, una fuente de información esotérica de primer orden.

La serie ya había terminado. No había durado ni un minuto. El televisor apagado, el control remoto arrojado sin miramientos sobre un sillón, no me dio tiempo a empezar siquiera con las preguntas. ¡Él me estaba preguntando algo a mí!

## V

Su pregunta, además de tomarme por sorpresa, colmó mi capacidad de estupefacción. La respondí con una negativa, porque no veía otro modo de responderle. No, no sabía de ninguna estatua que latiera. ¿Cómo iban a latir las estatuas? Era como decir que había estatuas que guiñaban el ojo, o hacían el fuck-you con el dedo. Eso está bien para los chistes o las películas cómicas, pero no pasa en la realidad. Salvo que yo no hubiera oído bien y él me hubiera preguntado otra cosa. Hacerle repetir era inútil. Volví a negar; de algún modo, no sé cuál, estaba seguro de haber oído bien. Pero aun habiendo oído bien, podía referirse a otra cosa. Están las llamadas «estatuas vivientes», dentro de las cuales sí late un corazón; un corazón de desocupado, de buscavidas, en el mejor de los casos (que por eso es el peor) de artista desviado de los fines genuinos del arte. Yo nunca las miro, aparto la vista (he dejado de frecuentar la calle Florida para no verlas) porque me hacen pensar en todos los trabajos afines a la mendicidad de los que no tienen otro modo de ganarse la vida y no cuentan con una esposa psicóloga que los mantenga y pague las cuentas de la casa. Lo mismo los que hacen malabares en los semáforos. Mi situación me ha sensibilizado mucho.

¿Por qué me había hecho esa pregunta por estatuas? ¿Me leía el pensamiento? Por contaminación con los sentimientos opresivos que me causaban las estatuas vivientes, yo había empezado a ponerme fóbico con las estatuas en general. Por suerte en el barrio no hay muchas.

Él miraba a su alrededor, buscando. No, no iba a encontrar estatuas en mi casa, y menos de las que «latían». Qué absurdo. Íbamos de absurdo en absurdo, sin que se explicara el anterior. Yo seguía con la intriga del mensaje que le había transmitido la televisión, y veía difícil que fuera a enterarme porque se habría necesitado una explicación conversada, civilizada, con preguntas, respuestas, tiempo para asimilar la información y pedir que me aclarara este o aquel detalle. Y el apuro con el que estaba actuando mi joven interlocutor, sin hablar de su dicción, negaba de entrada esa posibilidad. Quizás lo que me convenía era entregarme a esa velocidad de aventura, sin explicaciones que demoraran la sucesión de los hechos...

Y efectivamente, como si realmente lo hubiera decidido, cinco minutos después yo iba sentado en la mitad trasera del asiento de un ciclomotor, sin casco, bebiendo el viento de la avenida Bonorino, abrazado con una mano a la cintura de Jonathan, que conducía, y con la otra sosteniendo, con dificultad, un grueso sapo de piedra...

La «sucesión de los hechos» que me había llevado a cabalgar esa motito no tenía muchos eslabones. Después de entender, o deducir, o suponer, que el famoso mensaje se refería al uso que les estaban dando a los glóbulos de mármol unos agentes desconocidos, se reveló que lo que buscaban estos agentes era una estatua que latiera. Hasta ahí más o menos nos habíamos entendido. Pero en lo que seguía divergíamos. A mí me parecía evidente que se trataba de una especie de acertijo, como los que

sirven de pista en la «busca del tesoro». Aunque se lo veía extremadamente remoto, casi una fantasmagoría, no quise terminar de descartar la posibilidad de que hubiera realmente un premio al final del juego. Quiero decir: no perdía nada con seguir adelante.

El punto en discusión, si hubiera habido discusión, era que para Jonathan «la estatua que late» del mensaje era literalmente una estatua que latía, mientras que para mí era una metáfora, y una metáfora que, por sus términos, podía referirse a casi cualquier cosa. Un hombre o un animal inmóvil, por ejemplo, o una mujer de las llamadas «esculturales», enamorada... O alguna especie de maniquí con un dispositivo rítmico. Y eso para no irse muy lejos, porque también podía ser un auto, un planeta, el mar, un sistema filosófico o cualquier otra cosa que hiciera las asociaciones correspondientes en la mente de un poeta.

Pero la hipótesis de la literalidad no podía descartarse. Quizás era una de las reglas del juego. Y el maestro del juego no era yo, sino Jonathan, así que le repetí que en mi casa no encontraría estatuas. Como ya era habitual en él, me oyó como quien oye llover. Se había desplazado, aparentemente al recordar algo, a la ventana del frente, y miraba afuera, pero no a la calle sino, en un ángulo muy cerrado, más cerca y abajo, al diminuto jardín, poco más que un balcón, al costado de la puerta. Fue hacia esta, decididamente, diciendo algo que interpreté como «el sapo». Ya había abierto la puerta y salía (a la vez que entraba una afilada corriente de aire frío) cuando entendí a qué se refería: al sapo de piedra que había allí. Seguramente lo había visto al entrar. Yo en cambio ya no lo veía, por el hábito: ese sapo estaba ahí desde hacía treinta años por lo menos, desde que nos mudamos a esta casa. Lo habían dejado, no sé si olvidado o por hastío, los dueños anteriores. Ese pequeño rectángulo de tierra, de dos metros por uno, entre la reja y la ventana del *living*, había tenido algunas plantas, de las que el sapo, toscamente tallado en piedra de sílex, hacía de pintoresco y semioculto guardián. Ahora el descuido había reducido la vegetación a una correosa cardácea que resistía, no sé cómo, al frío y a la falta de riego. El sapo, como dije, se me había vuelto invisible por el hábito. Nadie habría pensado en él, de buenas a primeras, como una «estatua», pero es lo que era, al fin de cuentas.

Para hacer la prueba del latido, Jonathan lo sacó de su lugar, de donde nadie lo había movido en décadas. Estaba semihundido en la tierra reseca, y le dio trabajo arrancado. Me ofrecí a ayudarlo, pero en el espacio exiguo de ese rincón no cabíamos los dos. Al fin, moviéndolo hacia un lado y otro logró aflojarlo y lo levantó. Su cuerpo escuálido se curvaba hacia adelante por el peso. Dio dos pasos y lo depositó en la losa del umbral. Yo miraba extrañado el viejo sapo; siempre lo había visto desde el mismo ángulo, y ahora le descubría aspectos diferentes, casi desconocidos. Pero seguía siendo el mismo sapo de piedra, como podría haber sido uno de esos clásicos enanos de jardín; salvo que los enanos son de cemento, y el sapo estaba tallado en piedra dura.

Con su apuro habitual, Jonathan estaba palpando el sapo allí mismo, en el umbral.

Vi que pasaban unas vecinas por la vereda de enfrente y miraban. Pensarían que era un obrero que había venido a hacerme un trabajo. Aunque verlo manipular de ese modo el sapo de piedra les llamaría la atención. Quise hacerlo entrar, pero la tierra pegada a la base haría un enchastre en la alfombra, así que me resigné al papelón, que de todos modos no se prolongaría mucho, con la velocidad con la que actuaba este muchacho frenético. Pero la puerta había quedado abierta, y la casa debía de estar enfriándose, así que estiré la mano por encima del chinito acuclillado y quise entornarla. No sé si calculé mal la fuerza, o colaboró una corriente de aire, lo cierto es que la puerta se cerró. Tuve un síncope de pánico: si la llave había quedado adentro no podría entrar hasta que volviera mi esposa, entrada la noche. Estaba la posibilidad de que me hubiera echado las llaves al bolsillo después de abrir; no lo recordaba y no quise verificar todavía para no amargarme prematuramente. Ahora me alegraba de la prisa con que Jonathan hacía las cosas, porque no me había dado tiempo a sacarme el sobretodo.

Lo miré. Había pegado una oreja a la piedra, y entrecerraba los ojos chinos, ya un poco entrecerrados de por sí. No pude reprimir una sonrisa. ¿Realmente estaría esperando oír latidos? ¿Auscultaría al sapo con un estetoscopio, si lo tuviera? Nadie es tan ingenuo, pensé. Pero nunca se sabe hasta dónde puede llegar la credulidad de un desconocido. Insistía. Apoyaba las palmas de las manos bien abiertas en la superficie, se concentraba...

Ya parecía a punto de rendirse; habría sido lo más razonable, si lo que pretendía era encontrarle latidos a un sapo de piedra. Pero algo en su personaje sugería (y me lo había demostrado hasta entonces) que era de los que siempre encuentran lo que buscan. Lo demostró una vez más al levantar la vista, volverse hacia mí y pedirme algo. No entendí qué, pero llevé maquinalmente la mano al bolsillo y saqué su trajinado contenido, que le mostré en la palma. Mientras yo veía con desmayado horror que entre los objetos no estaban las llaves, él levantaba uno con la punta de los dedos. Era el ojo de plástico. En el momento en que yo lo había tomado, en la caja del supermercado, a despecho de la prisa con que se había realizado toda la operación del cambio, había visto que era un juguete de goma, un ojo de tamaño poco mayor que el de un ojo de un hombre adulto, con la pupila de plástico celeste traslúcido; al apretar la bola de goma (que era blanca y surcada de venillas) se encendía una luz adentro y la pupila se teñía de rojo.

Jonathan buscó de metérselo en la boca al sapo, o entre la pata y la panza, o en alguna de sus concavidades. Era una maniobra inteligente: si había algún movimiento en la piedra, así fuera imperceptible para la vista o el tacto, lo revelaría la presión que haría sobre el ojo. Me recordó lo que se hacía con la Piedra Movediza de Tandil, cuyo movimiento tampoco se percibía a simple vista: ponían una botella en el ángulo entre la Piedra y la roca en que se apoyaba, y el vidrio se rompía. En el presente caso el ingenio de la prueba se perdería...

Al fin encontró dónde ajustarlo: en un ojo del sapo, que debería haber sido el

primer sitio donde probar. Calzaba como si hubiera sido hecho a medida, y le daba una apariencia cómica. Si yo hubiera llegado a proferir una risa se me habría helado en los labios cuando el ojo lentamente se iluminó, después se apagó, y volvió a encenderse, en una cadencia regular. ¡Latía! Los dos nos quedamos inmóviles mirándolo; en mí esa inmovilidad no tenía nada de raro porque lo que venía pasando me tenía en las cimas de la perplejidad, donde solo podía absorberme en el pensamiento; en cambio era una novedad en Jonathan, el hiperkinético. Hasta él necesitaba una pausa. No le duró mucho, con todo. En instantes volvía a levantar el sapo y me decía, creo, que teníamos que ir a alguna parte. Dio un paso saliendo a la vereda, encorvado por la carga. Ahí vaciló, pero solo un segundo. Se volvió hacia mí y me tendió el sapo, o más bien, porque no era algo que pudiera pasarse livianamente de mano en mano, me indicó que lo tomara. Lo hice, para no entrar en discusiones, y me sorprendió su peso. Él salió corriendo, después de pedirme, más con la actitud que con su habla atropellada, que lo esperara... Me quedé donde estaba, con el sapo en brazos. Era realmente pesadísimo, un pisapapeles de jardín, y su forma casi esférica lo hacía incómodo de sostener. Para colmo, me di cuenta de que el ojo, que seguía iluminándose rítmicamente, había quedado mirando hacia la calle. Era demasiado bizarro para estar exhibiéndolo ahí, y darlo vuelta para que el ojo quedara contra mi cuerpo, además de ser difícil, me daba impresión. Opté por darme vuelta yo y quedar dando la espalda a la calle. Pero era demasiado bizarro para mí también. Empecé a sentir que tenía en brazos a un ser vivo, de piedra y a la vez vivo... Por suerte no tuve que esperar mucho. El tableteo ensordecedor de un ciclomotor se acercaba; era el chinito, que ya se había detenido y me hacía señas urgentes de montarme atrás de él. No es que hubiera mucho lugar; el asiento era individual, y no muy largo; su respeto por mi volumen, que es considerable, fue distraído: se limitó a adelantarse unos centímetros. Hice de tripas corazón, y obedecí. Era la primera vez en mi vida que me subía a una moto.



## VI

La velocidad me produjo una exaltación desconocida. Era como si me despertara a una realidad que había estado latente hasta entonces. Pero no alcanzaba a ser felicidad, porque estaba envuelta en una sensación de fugacidad, era imposible de aferrar. Tenía ese componente de magia que suele tener lo que sucede, cuando sucede, y se desentiende de lo que había venido pasando hasta ahí. Aunque el vehículo que nos llevaba no tenía nada de alfombra mágica: sobre él operaban las leyes físicas, y bien subrayadas. Esos ciclomotores están diseñados para un solo tripulante, y joven. Jonathan no parecía pesar más de cincuenta kilos; conmigo la carga se triplicaba. El pequeño motor, que no debía de ser más potente que el de una licuadora o un ventilador, se esforzaba al máximo, con un carraspeo agónico. Aun así, seguíamos acelerando.

Un hombre de mi edad y de mi corpulencia debería haber medido los riesgos antes de subirse. Mi equilibrio ahí amontonado era precario, sobre todo porque no podía agarrarme del conductor más que con un brazo; con el otro sostenía al sapo, que se hacía más pesado a cada momento, y cuyo volumen me obligaba a una peligrosa torsión. Fue por eso, y por la alarma que me invadió al pensar en un accidente, que me pegué al cuerpo de Jonathan, y le pasé la mano libre por adelante, tomándole el pecho con fuerza; le sentía el relieve de las costillas y los latidos del corazón; el mío golpeaba contra su espalda. Era un abrazo sin resquicios, pegado, animal. Su calor me llegaba a través del sobretodo; era la juventud, que le hacía arder el cuerpo a pesar del aire helado y la ropa liviana que llevaba. Sentí un leve mareo y apoyé la frente en su hombro, cerrando los ojos...

Cuando los abrí, fue otra vez como despertar. Antes no había notado que se estaba despejando. El cielo, oculto hasta entonces tras gruesas nubes grises, dejaba ver jirones de un azul brillante, y parecía como si fuera el viento mismo el que traía unos rayos rasantes de sol. (Podía ser una ilusión creada por los torbellinos del aire que desplazaba nuestra velocidad.) El barrio gris y humilde se transformaba. ¿O era yo? Había empezado a actuar una poesía desconocida.

No había preguntado adónde íbamos. Lo tomé como un paseo improvisado. El camino parecía largo, pero no nos habíamos alejado mucho. Seguían siendo las calles del sur de Flores, desiertas por el frío. Se me estaba durmiendo un brazo, y el hombro correspondiente, lo que me recordó al sapo, que llevaba incrustado contra un costado. Además de lo incómodo de la posición, lo estaba tomando con demasiada fuerza, por miedo de que se me cayera. Traté de acomodarlo, con la mayor precaución, sin soltarme de Jonathan. Descubrí que era imposible, y que la tierra pegada a la base estaba ensuciando mi precioso sobretodo Packard, reliquia de mis buenos tiempos, a cuya conservación yo le prestaba el mayor cuidado. En otras circunstancias eso habría bastado para arruinarme el día, pero ahora, no sé por qué, lo tomé bastante bien: me dije que era tierra seca, y que un buen cepillado bastaría para eliminarla.

Esas preocupaciones prácticas me llevaron a otras, más preocupantes: el viaje no era largo (por ahora) pero nos llevaba en la dirección de las villas y los descampados del Bajo, zonas de miseria y criminalidad, donde un señor maduro, ajeno a esos andurriales, con un sobretodo Packard auténtico, sería objeto de codicia y presa fácil. Me propuse prestar atención al trayecto, para evitar meterme en una boca de lobo. Me reproché ser demasiado distraído, a veces.

De hecho, había estado como en un sueño, ejecutando actos inconscientes, que veía por sus consecuencias: me había sentado en el escaso espacio libre del asiento de la motito, sin pensar, abriendo las piernas y pegándolas a las nalgas de un joven chino... No era fácil salir de la posición sin peligro de caer. Me pregunté si a Jonathan no le inquietaría adentrarse en esa zona popular formando una figura tan equívoca. Pero ya me había convencido de que él estaba pensando en otra cosa; siempre estaba pensando en otra cosa.

Frenó de golpe. La inercia me llevó más todavía sobre él, pero de inmediato me despegué. No habíamos llegado a las regiones de riesgo, aunque estábamos en el borde. Era un paisaje urbano bastante onírico; la calle se había ensanchado enormemente, como si ya no importara; las casas, bajas y espaciadas, retrocedían, no se veía un alma ni había autos circulando ni estacionados. A lo lejos, al fondo de la explanada, corría una larga pared rosa, que quizás era un efecto óptico nada más.

El chinito, más ágil, se había apeado antes que yo, y terminaba una frase que había empezado todavía en marcha. A mí, el silencio me atronaba en las orejas, por contraste con el ruido infernal que había venido haciendo el vehículo. Sus ademanes fueron más elocuentes: me sacó el sapo de las manos, y se lo di con mucho gusto. Era como sacarme una montaña de encima. ¡Qué suspiro de alivio solté! A él, pobrecito, lo doblaba.

Al alivio, cuando alcé la vista para ver dónde estábamos, lo sucedió una sorpresa que no era una sorpresa: nos habíamos detenido frente a un supermercado chino, cosa que debería haber esperado; tampoco podía sorprenderme que este fuera tan exactamente igual al que estaba a la vuelta de casa, donde había empezado mi aventura: todos los supermercados chinos están hechos con el mismo modelo, y algunos están directamente calcados, cuando pertenecen a un mismo consorcio de chinos, como debía de ser el caso de estos dos.

Jonathan se dirigía a la entrada, casi corriendo, sin mirarme ni ocuparse más de mí. Sentí una desazón que en otra circunstancia me habría parecido exagerada. Me había acostumbrado a él, en los pocos pero intensos minutos que hacía que nos conociáramos; en cierto modo, contaba con él. Me sentí abandonado. Pensé: «Ahora que ya no me necesita, se olvida de mí».

La indignación me hizo reaccionar. Después de todo, el sapo era mío. No tenía idea de lo que pretendía hacer con él, pero se lo reclamaría cuando terminara. Se me ocurría que ese feo pedazo de piedra, que yo había tenido arrumbado y olvidado en la puerta de mi casa, y que no me habría preocupado si me lo robaban (casi casi lo

habría agradecido), podía tener valor. En el mundo no debía de haber muchas estatuas que latían. Pero... Decidí ahí mismo hacer participar en las ganancias, si las había, al chinito, aunque más no fuera para darle una lección de justicia y cortesía. Y además sería realmente justicia, porque sin él yo jamás habría descubierto la rara propiedad de mi sapo.

Entré para decírselo. Como había sido por fuera, por dentro este supermercado también se parecía al otro (y seguramente, pensé, a muchísimos otros). La misma disposición de las góndolas, la misma luz blanca, impersonal, la misma vaga música inaudible, aguda, oriental. La única diferencia era que en este no había nadie, aunque dudé de que fuera una diferencia porque en ese momento creí recordar que en los supermercados chinos nunca había nadie. En una de las cajas, un chino corpulento que parecía perdido en una ensoñación personal no me miró; era igual al que me había atendido un rato antes, lo que acentuaba la sensación de repetición, aplacada por el hecho bien sabido de que a los occidentales todos los chinos nos parecen iguales.

Busqué con la vista a Jonathan. No me explicaba cómo podía haber desaparecido en los pocos segundos de ventaja que me llevaba. No lo había hecho. Allí iba, casi corriendo, como si temiera llegar tarde a algún lado. Me apuré tras él sin sacarle la vista de encima. Lo alcancé porque se había detenido al llegar al fondo. Miraba hacia afuera, aunque en ese punto adentro y afuera no estaban bien definidos, porque el fondo estaba abierto, como si se hubiera caído una pared (y después pensé que realmente debía de haberse caído). Eso explicaba el frío. Debía de ser el frío, como si el interior se hubiera vuelto exterior sin dejar de estar adentro, lo que le daba al supermercado esa atmósfera que noté al atravesado, de escenografía fantástica.

Al llegar y asomarme me expliqué además por qué no había clientes: ¡el supermercado estaba sobre el vacío! Un enorme pozo se abría directamente sobre el borde de esa ausente pared trasera. Sentí algo semejante al vértigo. La cavidad era tan abrupta que parecía estar avanzando sobre los cimientos del edificio. Jonathan a mi lado decía algo incomprensible, mirando esos abismos blancos. No me hablaba a mí, sino al vacío, como los que sueltan una palabra cualquiera en las montañas, para producir un eco. Por mi parte, di un paso atrás, asustado. Pasada la primera impresión, empecé a entender: estaba frente a las frustradas canteras de mármol, y esas simas estaban hechas de glóbulos, blanquísimos y desgranándose... Nunca me había imaginado que las famosas canteras, en las que tantas esperanzas se habían depositado, y que tan cruelmente las habían burlado, estuvieran así de cerca de mi casa, en el barrio. Cuando había leído sobre el tema en los diarios, sin prestar mucha atención, no me había fijado en el lugar donde sucedía, dando por sentado que era una provincia lejana, o más bien suponiendo que era de esas cosas que no suceden en ninguna parte concreta. Quizás mi error se debía a lo de las «áreas económicamente deprimidas» donde según los medios se había hecho el descubrimiento. Uno siempre piensa que esos lugares están muy lejos, y no quiere saber qué lejos están y dónde

quedan, por un supersticioso temor a la pobreza.

Pero ahí estaba, y no era más que un gran pozo, formado por la extracción de millones de glóbulos... ¿Tantos habían sacado? ¿O habría habido derrumbes o hundimientos? Esto último parecía lo más probable, a juzgar por la disgregación del material. La separación en glóbulos, que volvía inútil el mármol, acentuaba la blancura; su resplandor contrastaba con el gris opaco de la tarde, y se introducía en el supermercado dándole ese aire raro que yo había notado.

Las voces en chino que profería Jonathan estaban dirigidas a unas figuras humanas que se veían muy pequeñas en el fondo de la gran olla de porotitos de mármol. No sé cómo tenían el valor de bajar hasta allí, con el riesgo de quedar enterrados bajo toneladas de glóbulos si había un deslizamiento; recordé alguna película vista en la televisión, en la que un grito provocaba un alud, y le aconsejé a Jonathan que bajara el volumen. No fue necesario porque ya le habían respondido por señas, que subían. No supe cómo lo hicieron; desaparecieron de mi vista al venir hacia nuestro lado (yo había retrocedido unos pasos) y debieron de izarse con un sistema de poleas, porque en segundos asomaban por el borde del piso, y entraban. Eran tres. Sus miradas convergían en el sapo que Jonathan les mostraba sin dejar de hablar, excitado, reclamando algo. A partir de ahí, ya entre ellos, la conversación seguiría en chino, y con la falta de modales que los caracterizaba, supuse que no se harían problema en dejarme de lado.

No fue del todo así, sin embargo. Uno de los recién llegados, más joven que los otros, se dirigió a mí en perfecto castellano; me preguntaba qué había venido a hacer a ese pobre establecimiento condenado, a «honrar con mi presencia» etc., o a «desperdiciar mi tiempo en compañía de unos tristes fracasados».

Entender, después de tanto adivinar, me desconcertó; casi pude decir que no entendía, pero sí entendía, al menos al nivel del idioma. Este nuevo joven chino, articulado y clarísimo, parecía estar haciendo una parodia de la cortesía de los mandarines, y me quedó la duda de si quería realmente una respuesta o solo estaba exhibiéndose. Como fuera; le dije que el sapo era mío, y que había venido a acompañar al joven Jonathan por «el concurso». Esto último lo lancé a modo de globo de prueba; era bastante especulativo. Hasta ahí, había creído entender que la estatuilla, con su curiosa característica, habilitaba a su poseedor para participar en un concurso, o directamente hacía ganarlo. Lo que no sabía era en qué consistía el premio, y me interesaba porque en caso de que valiera la pena me proponía reclamar mi parte. Por una vez que la fortuna tocaba a mi puerta, no quería dejar pasar la ocasión.

Mi interlocutor asentía con benevolencia. Traté de formular, con discreción, las dos preguntas: si la presentación del sapo, constatados sus latidos, bastaba para hacerse acreedor al premio; y, más importante, cuál era el premio.

Respecto de lo primero, faltaba un trámite: responder unas facilísimas preguntas, o llenar un simplísimo formulario. Y el premio era «insignificante», «más un castigo

que un premio»: el supermercado, con todo su contenido. Acompañó sus palabras con un ademán abarcador, que a la vez quería decir, por su amplitud: «todo esto será suyo», y por la autodeprecatoria cortesía oriental: «esta miserable ruina es lo único que podemos darle, y bastante nos avergüenza.»

No di crédito a mis oídos. Por lo pronto, no sabía si me lo decía literalmente; el sistema chino de exageraciones de la cortesía, admirable como es, se presta a esas confusiones. Además, yo seguía adaptándome a la situación de estar entendiendo lo que se me decía, y el esfuerzo consiguiente me ponía más bien del lado de no entender, o no creer que entendía. Y había un motivo más físico: el griterío que armaban los otros alrededor del sapo. Si hubieran estado hablando en chino puro yo podría haberme desentendido, como cuando se oye llover; pero en la discusión intercalaban palabras en castellano, seguramente nombres de cosas o conceptos que no tenían equivalente en su idioma. Y como esas palabras eran «supermercado», «concurso», «formulario», me quedé con la duda de si el panorama que terminé haciéndome derivaba de las informaciones que me daba el nuevo joven, o de las deducciones que hilaba mi inconsciente a partir de esas palabras sueltas.

A pesar de estas confusiones, o a causa de ellas, mi cerebro trabajaba a mil. Por raro que pareciera que un supermercado organizara un concurso cuyo premio fuera el supermercado mismo, podía suceder. Imaginé una causa posible: estos chinos habían tenido la mala suerte de que se descubriera en el terreno lindante una cantera de inútiles pre-mármoles, y los conatos de explotación habían aflojado el terreno, poniéndolos en peligro de derrumbe; habían perdido toda la clientela, temerosa de quedar aplastada. Quizás el concurso era el modo legal más fácil de sacarse de encima esa propiedad embarazosa, sin pagar los impuestos del boleto de venta ni las costas legales de disolución de sociedad comercial... Todo lo cual era una hipótesis mía, instantánea e improvisada, pero me servía para seguir adelante.

No avancé mucho más. No me pregunté qué haría yo con un supermercado balanceándose en el vacío. O con la mitad, pues seguramente Jonathan reclamaría su parte. La mera idea de ser dueño de todo lo que estaba viendo se imponía a los reparos; debo decir que desde que la forzada desocupación, y la dependencia económica de mi esposa, me obligaron a ocuparme de las tareas de la casa, soy frecuentador asiduo de supermercados, y se me ha hecho carne ver con cierta nostalgia de posesión ese océano de mercadería, de la que yo elijo y compro unas pocas cosas. Es inevitable que a la larga uno se permita la fantasía de disponer de todo eso libremente, por ejemplo metiéndose en el supermercado de noche, o en uno abandonado después de una catástrofe nuclear... De pronto la fantasía se hacía realidad.

Recordé que podía pedirle explicaciones (no terminaba de acostumbrarme a la idea de que ahora sí podía hablar clara y civilizadamente en mi idioma) y lo miré para hacerlo. Puede sonar raro, pero era la primera vez que lo miraba realmente. Me sorprendió su parecido con Jonathan. Me alarmé, pero no por crearme ante un

fenómeno sobrenatural. Me alarmé por mí, por ese eurocentrismo del que no me creía portador y que sin embargo me estaba haciendo culpable del feo defecto de percibir iguales a todos los chinos. Y me deprimía doblemente en este caso porque había llegado a sentir por Jonathan, en los minutos que hacía que lo conocía, un cierto afecto, por su energía, su precipitación infantil, su ingenua codicia, sus deseos transparentes (porque era la sinceridad misma) de ganar el concurso y hacerse dueño de un supermercado... Hasta por su fragilidad desaliñada, por su pobreza y su vulgaridad, yo había sentido simpatía, lo había sentido cercano a mí. Es decir que había creído individualizarlo. ¡Y resultaba que seguía siendo para mí «un chino» nada más, un chino más! Sentí una pena y una nostalgia instantáneas, que me atravesaron dolorosamente, como si Jonathan se alejara de mí en un avión a chorro...

Busqué a Jonathan con la mirada; seguía junto a los otros alrededor del sapo; él era el único joven, los otros cinco chinos rondaban mi edad, aunque allí acucillados en círculo parecían niños con un juguete. Daba la impresión de que hablaban todos a la vez, gritando como para hacerse oír a gran distancia, aunque formaban un grupo compacto, y como si estuvieran enojadísimos y a punto de irse a las manos. Pero podía ser una ilusión creada por la dicción tonal del idioma chino, en el que se desarrollaba la conversación. Quizás estaban hablando en lo que para ellos eran susurros confidenciales, y respetando sus turnos, y cordialmente. Nada de lo cual podía decidirse por su gestualidad impávida, que encima estaba velada por el humo porque todos estaban fumando con la mayor desaprensión.

Noté que le habían dado el famoso formulario, y una Bic, y debían de haberle estado explicando lo que esperaban de él, porque Jonathan se puso a la tarea de inmediato.

Era tal su empeño, tan visibles sus ganas de hacerlo bien y llevarse el premio... y a mí de pronto se me hacía tan visible que era un engaño y que no ganaría nada... que sentí vergüenza ajena. Y también algo de vergüenza propia, porque yo había venido con él, y había estado sintiéndome su socio... Yo también había entrado en el juego, o en la trampa, y no podía librarme del todo de la esperanza de ganar algo y cambiar mi vida.

De modo que, sin poder soportar más el espectáculo Jonathan había ido con los papeles en la mano hacia la estantería más cercana, que era la de las galletitas, y revisaba febrilmente las etiquetas de los paquetes), me aparté, simulando curiosidad por el lugar, y caminé entre las góndolas.

Me dejaba llevar por mis pensamientos lúgubres, como siempre, pero el supermercado habría merecido una atención más detenida. Los productos estaban ordenados, eran de las marcas habituales, y no parecía faltar nada de lo que se ofrece en un comercio bien surtido. Aun así, el conjunto tenía un aire muerto, o en todo caso artificial. Podía deberse a la luz, que ya he mencionado: una luz estancada, y que se veía demasiado blanca, demasiado transparente para envolver adecuadamente a los objetos. O bien podía ser un efecto de la limpieza, que era imaculada; me pareció

una exageración; el piso brillaba, en las estanterías no había una mota de polvo, las latas de arvejas parecían haber sido frotadas una por una. O los dueños eran fanáticos de la higiene, o por ahí no había pasado nadie en siglos. Sonaba más probable lo segundo que lo primero, pero era extraño que no hubiera entrado polvillo de la cantera vecina, sobre todo porque no había nada que la separara del interior. Quizás esto indicaba que el supuesto mármol de la cantera no se disgregaba en polvo sino directamente en bolitas, en los famosos «glóbulos».

De pronto, me había perdido. No es raro que uno se desoriente en un supermercado, sobre todo si está pensando en otra cosa. Pero cuando trataba de pensar dónde estaba, algo dentro de mí rechazaba el pensamiento. Era como si hubiera decidido que no era un supermercado de verdad, y entonces en él no había caminos que llevaran a ninguna parte. Quizás solo se debía a que era la primera vez que me encontraba en un supermercado sin el propósito de hacer una compra, solo haciendo tiempo. Creí poder preservar por un rato la deliciosa sensación de hallarme en un laberinto. Acentuaba la falta de puntos de referencia el hecho de que aquí y allá, al cruzar un pasillo, divisaba a Jonathan, que cambiaba de lugar todo el tiempo. Me dolía ver su figura empequeñecida por la distancia pero recortada en la luz inmóvil como si fuera lo único con volumen real entre pinturas deslizantes. La visión no duraba mucho. Como aparecía, ya había desaparecido. Se afanaba como un energúmeno examinando latas, paquetes y frascos de las góndolas, uno por uno, y luego los formularios que llevaba en la mano, buscando una correspondencia que no encontraba, pero insistía... Sus movimientos, de los que yo apartaba la vista lo antes posible, transmitían una sensación de angustia. Todo el asunto empezó a parecerme absurdo. Pensé que si veía la salida a la calle me iría sin más. Aunque algo me retenía.

Pasados unos minutos, temí que nos hubieran dejado solos. No sería raro... Pero de pronto estaba junto a mí el joven chino parecido a Jonathan. Me empezó a hablar, con su gramática pintiparada y sus modales artificialmente exquisitos. Había ironía en todo lo que decía; no se sabía qué había que tomar en sentido literal y qué en figurado. Al principio me dio la impresión de que estaba representando, después me acostumbré y le encontré una retorcida naturalidad. Pero es cierto que uno se acostumbra a cualquier cosa.

«Su joven amigo»... Así se refería a Jonathan. Lo observé con atención, por primera vez en realidad, para matizar la impresión que me había causado de entrada. Lamenté no poder modificarla en lo esencial, porque seguía viéndolo parecido al otro. Aun así, las diferencias eran descomunales, casi podría decirse: totales. Y todas se conjugaban en un aumento de civilización: este no solo hablaba buen castellano, armando las oraciones y escogiendo el vocabulario, sino que además se movía y gesticulaba como un señorito, y estaba vestido como un dandi: ropa de marca a la última moda, impecable, planchada, unos zapatos excelentes de cuero morado, que hacían contraste con los pobres pies desnudos de Jonathan en sus ojotas de goma. Esa

me impresionó como la principal diferencia: estaba vestido para la estación, para la temperatura, abrigado, mientras mi Jonathan, «mi joven amigo», estaba pasando frío... Me puse automáticamente de parte del pobre contra el rico, sin pararme a pensar que yo, con mis medias de cashmere y mi sobretodo Packard, estaba más del lado del segundo que del primero. Y este nuevo Jonathan, completando su transformación clasista, no escupía ni fumaba. Parecía haber dado por sentado que estábamos en el mismo bando, y no ahorra críticas al otro.

Pero cometió un error. Yo había tratado de sonsacarle algo concreto sobre el concurso y la supuesta cesión del supermercado, hasta que me convencí de que era inútil. Me respondía con aforismos y agudezas, exhibiendo con descaro una inteligencia que se agotaba en sí misma. Me dejaba perfectamente en ayunas. No creo que lo hiciera por malevolencia sino porque debía de llevarlo en la sangre. No me servía hacerle planteos concretos, tampoco probar enfoques indirectos. Por ejemplo si le preguntaba «¿Cuánto hace que lanzaron el concurso?» respondía: «El tiempo de la esperanza es el mismo para los ganadores que para los perdedores».

—¿Se presentaron muchos postulantes?

—Para llegar a postular algo razonable hay que hacer un largo camino por la sinrazón general.

—Esto adornado con elegantes suspiros.

—¿Será que el premio es un «presente griego?» —decía yo, tratando de entrar en el juego de las ironías y los sobrentendidos.

—¡Lo último que le faltaría a este desacreditado establecimiento: vender carne de caballo de madera!

Basta. Renuncié. Lo dejé hablar, y a la larga resultó la estrategia más productiva. En cierto momento de su mala imitación china de Oscar Wilde soltó unos sarcasmos sobre Jonathan, que había aparecido fugazmente en el fondo de un pasillo entre góndolas, siempre atareadísimo con los estantes y los papeles.

Yo debí de hacer un gesto de fastidio, y él lo interpretó como una toma de partido de mi parte; se arriesgó a más; su propia pretendida elegancia lo arrastraba, lo hacía bajar la voz para perfeccionar su fantasía de dos caballeros en un aparte de una elegante reunión, intercambiando chismes de clubmen, quizás en el hueco de una bow window que daba a las recortadas praderas de Sussex; y bajar la voz lo obligaba, para verosimilizar, a entrar en confidencias y decirme cosas que seguramente le habían prohibido ventilar. De esto yo no tenía ninguna seguridad, pero lo intuía. Me decía que Jonathan «jamás lo lograría» porque «no tenía la clave...». Fue eso lo que me hizo parar la oreja, lamentablemente un segundo demasiado tarde, con lo que me perdí el adjetivo que seguía a «clave». Era una palabra larga, algo como «potásica» o «prometeica», y tuve la impresión de que la había dejado a medio pronunciar, quizás al darse cuenta de que pisaba terreno prohibido. Esto último me lo confirmaba la velocidad con que cambió de tema. Yo traté desesperadamente de recuperar la palabra perdida. Había venido levantando una hostilidad a su discurso que bloqueaba en parte



la atención, pese a lo cual me sentía a punto de encontrar lo que había perdido... No solo tenía todavía en el oído el sonido de la palabra, sino que también tenía en la mente algo, un recuerdo o una coincidencia, que esa palabra había despertado. El esfuerzo se tiñó de urgencia, como si cada segundo que pasaba me alejara de una oportunidad que no se repetiría.

Cuando yo trato de recordar algo, no lo consigo, nunca. Estas páginas que estoy redactando laboriosamente son la prueba; llevo llenadas una buena cantidad, en el esfuerzo por recuperar un momento reciente, y no creo estar cerca de conseguirlo. Y sin embargo, esa vez sí lo conseguí, y en el plazo casi instantáneo que me dictaba la urgencia. Tan excepcional es eso en mí que alienta la sospecha de que en realidad no haya recordado nada sino que lo haya inventado. En fin, no me preocupa demasiado porque la diferencia entre recordar e inventar puede neutralizarse en el curso de la acción.

La palabra que me vino, el adjetivo para «clave», fue: «proteínica». Coincidió perfectamente con lo que se podía esperar dadas las circunstancias. Los formularios que debía llenar Jonathan tenían que ver con productos alimenticios, con algún juego numérico relacionado con la información nutricional que daban los envases, pero para poder hacerla se necesitaba una clave, sin la cual era una tarea infinita.

Y esa clave, ¡yo podía tenerla en el bolsillo! Por eso la palabra «proteínica» me había hecho sonar un timbre de reconocimiento. En el otro supermercado había tomado una tabla de proteínas, solo para tomarla, porque la tenía a mano, para terminar de una vez con aquel estúpido trámite del cambio, pensando que nunca me iba a servir de nada.

Todo este razonamiento me pasó por la cabeza como un relámpago, en el momento en que me echaba a correr, dejando a mi interlocutor con la palabra en la boca y una mueca de sorpresa. Corrí hacia el último sitio donde lo había visto a Jonathan, que por supuesto ya no estaba ahí. Pasó lo de siempre: cuando no quería verlo, lo veía todo el tiempo; ahora que lo buscaba había desaparecido. Parecía un hechizo, o una de esas cosas que ocurren en las pesadillas. El problema estaba en que los dos nos movíamos; si uno se quedaba quieto, el otro aparecería. Me planté donde estaba, respirando hondo (me había agitado al correr), y, tal como lo esperaba, vi a Jonathan dar la vuelta por el fondo del pasillo. Fui hacia él vaciando el bolsillo y llamándolo con unos «psst, psst» que, aunque quise hacerlos discretos, sonaron como dos latigazos en el silencio congelado del supermercado. Me miró con impaciencia, pero también con una remota esperanza: ya debía de estar pensando que no lo lograría sin ayuda. Al llegar a su lado abrí el puño donde tenía los pequeños objetos del cambio; se los mostré; se encogió de hombros: no parecía entender. Esta vez era yo el que encontraba la solución. Separé la tabla de proteínas y devolví el resto al bolsillo.

La miré, cosa que no había hecho hasta entonces; no había tenido tiempo, tal como se habían ido encadenando los hechos. Era una placa minúscula de forma

irregular, hecha de seis cuadrados dispuestos en la forma aproximada de una estrella, como un dado trasladado torpemente al plano. Cada cuadrado tenía una cuadrícula de números y letras móviles, pequeños como puntos pero legibles gracias a una gruesa capa de barniz óptico que cubría esa cara del objeto. El reverso reproducía las cuadrículas, pero con diminutos rodillos que podían hacerse girar con la yema del dedo. Yo habría podido pasar años examinándola sin entender cómo funcionaba, pero confié en que Jonathan se diera maña. Después de todo, era una invención de sus compatriotas, y entendí que debían de haber tenido buenos motivos para idearla: alimentar a una población de mil millones era un desafío imponente para los nutricionistas chinos.

Y así fue. El rostro de Jonathan se iluminó. Era la segunda vez (la primera había sido con el ojo) que él recordaba tardíamente, al filo del fracaso, que yo tenía en el bolsillo la solución a sus problemas.

## VII

¿Sería nuestro entonces, el supermercado? Seguía sin poder creerlo del todo, pero más me convenía ponerme a pensarlo en serio. Tenía unos minutos para hacerlo; si bien con la clave la resolución del enigma de los alimentos sería instantánea, a Jonathan le llevaría un tiempo llenar todos los casilleros, que se multiplicaban en esos papeles. ¿Para qué quería yo un supermercado? ¿Podría hacerme cargo? Nunca ejercí el comercio, en ninguna de sus formas. Pero no debía de ser tan difícil, vista la clase de gente, china o no, que los operaba. Claro que estaba el hecho de que este supermercado podía hundirse en cualquier momento, quizás bastaba con sacar un solo glóbulo de mármol más para que se produjera un derrumbe. Por algo no había un solo cliente, ni parecía haberlo habido en días, o semanas. Más aún: por algo lo daban. «Cuando la limosna es grande, hasta el santo desconfía.» Aunque estaba el refrán opuesto: «A caballo regalado...». Aun en su precariedad, era una propiedad valiosa. Quizás solo era cuestión de traer un ingeniero que calculase científicamente los riesgos, y con poner unas vigas o refuerzos en los puntos adecuados se disiparía la amenaza. A los chinos, en su ignorancia, no se les debía de haber ocurrido hacer una consulta con un idóneo.

¿Pero a cambio de qué lo daban? No había otra cosa que el sapo. Me había olvidado de él, y fui a ver dónde lo habían dejado. Así como no había tenido tiempo para examinar las baratijas que me llevé del otro supermercado, tampoco lo tuve para evaluar la dimensión del prodigio que era una piedra que latía. Podía ser una atracción de primer orden, para curiosos y científicos. Un objeto mágico, único en el mundo, necesariamente debía ser más valioso que un vulgar supermercado chino, por limpio y bien provisto que estuviera, sobre todo si estaba al borde de un abismo en proceso de disgregación. El valor del sapo podía ser, seguramente era, incalculable... Pero esa misma palabra era el problema. ¿Cómo sacar un provecho material inmediato de lo incalculable? Otro refrán me vino a la memoria: «Más vale pájaro en mano que cien volando».

Por otro lado, y más allá de cálculos y desconfianzas, el proyecto del supermercado tenía para mí un atractivo vago y poderoso a la vez. No me detuve a pensarlo en sus detalles concretos, porque no valía la pena hasta que el panorama se aclarara. Pero de todos modos sus líneas generales me atravesaban, y lo hacían luminosamente. El eje lo constituía la sociedad con Jonathan. Seríamos copropietarios, y nos repartiríamos las tareas; es cierto que él tendría que hacerla casi todo, al menos al principio, yo sería una figura más bien simbólica, aunque no desprovista de utilidad: la presencia de un señor maduro, burgués respetable, daría el toque necesario de seriedad y confianza. Podía suceder inclusive, si Jonathan era menor de edad, como yo creía, que me tocara el papel de representante legal de la firma. Los problemas de comunicación que había entre nosotros se allanarían con el tiempo: yo aprendería a entender su dialecto mezclado, él lo purificaría gracias a su

contacto cotidiano conmigo.

Lo más importante era que el supermercado me daría una ocupación, un interés, una razón de ser, es decir lo que había venido perdiendo estos últimos años. Tendría una excusa legítima para salir de casa, días enteros... Me internaba en la zona de mis misterios, en la que nunca entro sino en puntas de pie y con la mayor prudencia. Aquí había espacio de sobra, quizás oficinas o depósitos que todavía no habíamos visto; en algún rincón podía hacerme una piecita, con una cama, en primera instancia para dormir la siesta, después una noche para esperar una entrega a primera hora, o para una larga sesión de inventario... Excusas no iban a faltarme. Y así poco a poco...

No es que no quiera a mi esposa, ni que no reconozca todo lo que ha hecho y hace por mí. Sería un monstruo de ingratitud. Pero creo que ya hizo demasiado, y que yo le di demasiado poco; es comprensible que esté harta de mí; mi alejamiento sería una liberación para ella. Y en cierto modo para mí también: ser un peso en la vida de alguien es, aunque parezca un juego de palabras, un peso insoportable.

No era la primera vez que lo pensaba. Una vez, tiempo atrás, estuve a punto de irme. La veía tan triste, tan cansada, sabía que la trabajaba la frustración del viaje a Piriápolis con sus amigas que no podría hacer: el dinero separado para esas modestas vacaciones debía ser usado para pagar el nuevo cateterismo que me ordenaba el médico. Jamás me lo diría ni esbozaría nada que se pareciera a un reproche, pero era un clavo más en el féretro de nuestra dicha, y los dos lo sabíamos. Tomé la decisión de marcharme. De pronto las circunstancias se presentaban ideales. Había localizado días atrás un hotelito familiar en una cortada oculta y pintoresca (parecía París) cerca del parque Avellaneda, uno de esos lugares que prometen felicidad. Por circunstancias casuales me había enterado de la tarifa, y de que había una habitación libre...

Con la plata del cateterismo, que tenía en el bolsillo, me alcanzaba para vivir ahí dos o tres meses. Después, Dios proveería. No me llevaría nada: una muda de ropa interior, el DNI, los anteojos para leer y el ejemplar de *Mi planta de naranja lima* que me acompaña desde la infancia, mi libro favorito. Pegado en la pantalla del televisor con cinta scotch quedaría un papelito: «Te libero de la carga que soy. Sé feliz. Te lo merecés. Sos una mujer maravillosa». Sopesando mentalmente variantes de este mensaje, tirado en el sofá del *living*, la oía cambiarse en el dormitorio, de prisa como siempre (venía de su consultorio, se iba a la clínica), después la oí salir... Era el momento. Mi decisión estaba tomada y no me echaría atrás.

La oí poner en marcha el auto, seguí el ruido del motor hasta que al dar la vuelta en la esquina se perdió en el rumor de la ciudad. Me quedé donde estaba, recostado, un momento más... y entonces me dormí. Debió de ser una reacción peculiar a la situación, porque yo nunca duermo de día. Y dormí profunda y largamente, tanto que me despertó horas después el ruido del auto que volvía... Pero no fue tanto por eso que no me fui; podría haberme ido al día siguiente; esa siesta extraña fue solo la causa material, o superficial, de la renuncia al escape. La verdadera causa fue que al

dormir esa vez tuve un sueño, extenso, complicado, maravilloso. Estos adjetivos, el último en particular, son lo único que me quedó del sueño, porque su argumento y sus imágenes las había olvidado al despertarme. Solo tenía, y seguí teniendo durante un tiempo, esa sensación que me exaltaba, de invención y aventura, gratuitas pero por ello tanto más libres y poéticas, más parecidas a la vida. Allí adentro del sueño (pero era un adentro que estaba afuera, afuera de todo) el mundo se ampliaba, como un globo inflándose, los colores se aclaraban, aumentaba la transparencia, la superficie que contenía el todo se disolvía...

Salí de estos recuerdos cuando vi a los chinos arrodillados alrededor del sapo, aparentemente (no podía asegurarlo todavía, porque los veía de lejos, por el espacio exiguo entre dos góndolas paralelas) haciendo algo con él, muy ocupados. Ellos no me miraban, y estaban tan concentrados que no creí que fueran a verme o prestarme atención. Por mi parte, era como si los viera por primera vez. Antes había estado distraído con cálculos de provecho y codicia, y después tratando de sacarme de encima al petimetre chino. Había estado demasiado ocupado tratando de entender, y en esa situación uno no ve nada. Tuve un pensamiento en cierto modo premonitorio: ellos también eran seres humanos. Mi distracción anterior podía provenir, culpable, de haber estado pensando en todos ellos solo como chinos. Es asombroso cómo aun en alguien más o menos culto, de izquierda (en mi juventud merecí la calificación de «psicobolche»), puede caer en las trampas del racismo, que muchas veces, si no siempre, es cuestión de palabras.

Pero tampoco se pueden reprimir las impresiones que brotan naturalmente de la realidad. Después de todo, estos chinos eran chinos. Y una cierta extranjería se difundía de ellos en su actitud, o en el no entender mío: algo diferente. Para decirlo en una palabra, me parecieron niños, quizás solo porque estaban acuclillados o sentados en el suelo, concentradísimos, en un círculo. Niños jugando. ¿Qué otra cosa se podía hacer con ese sapo que yo les había traído? Tuve cierta prevención de seguir acercándome, a tal punto la escena evocaba la de un padre contemplando a sus vástagos absortos con el juguete que les había regalado... Pero estaban tan absortos que yo habría podido darles vueltas como a estatuas, sin que lo advirtieran.

No lo hice porque me contagiaron su atención, y la fijé en el sapo. Valía la pena. Les disculpé que se hubieran embobado de tal forma, porque lo que pasaba era bastante fantástico. Obedeciendo a quién sabe qué instrucciones de su mecánica mental, le habían puesto al sapo, en la otra órbita, otro de esos ojos de goma que se iluminaban a presión. Y el segundo ojo también se encendía como el primero, el que le habíamos puesto en mi casa. Pero el ritmo de encendido y apagado de un ojo no era igual al del otro; no eran sincrónicos. El destiempo creaba una polka lenta de luces, que parecía un lenguaje cifrado. Pero entonces... Yo debía modificar la idea que me había hecho originalmente, y que parecía la más natural, de un latido interno de la piedra, porque si así fuera debería ser un solo latido, y su manifestación una sola. ¿Acaso el ídolo de piedra tenía dos corazones? No. Si los tenía, los tenía en

cantidad indefinida, o sea que no valía la pena usar esta metáfora del corazón. Supuse que si hubiera lugar para insertar más ojos, habría más ritmos, más velocidades... Si acaso el asunto tenía alguna explicación, y esa explicación era lo que se estaba discutiendo con energía en el círculo de hombres en el suelo, yo no me enteraría, porque hablaban en chino.

La discusión subía de tono. Estaban la mar de excitados. Pero de pronto se levantaron todos a una y fueron hacia el sector de las cajas, con el sapo a cuestas. Yo había creído que estaban por agarrarse a las trompadas, y en realidad debían de estar poniéndose de acuerdo; así engaña el desconocimiento de un idioma, y de la gesticulación que lo acompaña y complementa, lo mismo que los tonos, que en algunas lenguas se usan solo por motivos afectivos, en otras para cambiar de significado una palabra. Desde hacía más de una hora, desde el momento en que había entrado al otro supermercado a hacer las compras, yo me había visto navegando en ese proceloso lago de la comprensión; creo que ya me estaba acostumbrando.

Busqué con la vista a Jonathan. Se dirigía él también a las cajas. Fui hacia allí, aunque con dudas. Supuse que se harían las negociaciones. Por un lado, no quería que me dejaran de lado (el sapo, después de todo, era mío, yo no había renunciado en modo alguno a su posesión), pero tampoco quería interferir, y en mi ignorancia echar a perder las cosas, o demorar su solución. Estas donaciones de alto impacto son frágiles como el cristal, su éxito o su fracaso dependen de un soplo.

No tuve que resolver porque el otro chinito, el elegante, me salió al paso, de la nada (debía de haber estado vigilándome). Con su habitual cortesía untuosa me pidió que le prestara atención un momento.

—Su joven amigo logró, con la valiosa ayuda que usted le prestó, realizar parte de su cometido...

—¿Cómo «parte»? ¿Hay más?

—No. Pero va a ver cómo le objetan algún detalle formal.

—Eso puede solucionarse. Mi «valiosa ayuda», como usted dice, sigue vigente. Soy un burócrata experimentado, con cuarenta años de trámites, de modo que comprenderá que eso no me asusta. Pero querría saber qué harán con el sapo.

—Supongo que lo partirán con el diamante.

—¿Romperlo? ¿Abrirlo? Pero ¿no es que era valioso, inapreciable?

—Lo valioso es lo que tiene adentro, el sapo como forma es apenas una cobertura.

Pensé en la sustancia que podía contener: oro, uranio enriquecido, plutonio, platino, qué sé yo... Pero no. Resultó que era post-mármol. Al menos eso deduje de la explicación del joven fifí chino, explicación que se hacía difícil de seguir por su escrúpulo de usar palabras que creía finas, y una sintaxis elíptica a lo Ronald Firbank. Era de esos sujetos que dan ganas de decirles: «¡Hablá claro, carajo, o callate la boca!».

Estos dos ejemplares de adolescente oriental eran opuestos, pero yo seguía sin

entenderlos, a uno por bruto, al otro por demasiado fino. De todos modos, saqué más o menos en limpio que este grupo de chinos tenía una valiosa propiedad (supuse que sería una estatua, por el mármol) que había sufrido una suerte de regresión atómica, a resultas de la cual su materia se había degradado a pre-mármol, o sea esos glóbulos inservibles. Y desde hacía mucho tiempo estaban buscando la sustancia que motorizara una aceleración temporal —de ahí ese nombre de post-mármol, que en realidad fui yo el que se lo puso—. La conclusión a la que había llegado, sin preguntar mucho, según mi costumbre, mejor dicho la construcción narrativa que hice, fue que estos chinos tenían una valiosa estatua de mármol (valiosa por su calidad artística, o por su antigüedad, o por cuestiones de culto), y por causa de una inusual reacción física esa estatua se había disgregado en pequeños glóbulos... Hasta ahí, no habría nada demasiado raro: no sería la primera estatua que se hacía polvo. Pero si era cierto lo que habían publicado los diarios sobre los glóbulos, cuando empezaron a circular, el mármol del que estaban hechos era pre-mármol, es decir que tenía una constitución atómica anterior a la del mármol propiamente dicho. De modo que los chinos, siguiendo un razonamiento lógico, pero por lógico bastante dudoso, se habían puesto a buscar algo que fuera post-mármol para aplicarla a los glóbulos y reconstituir el mármol original. Ellos sabrían cómo hacerlo. ¿Sabrían? ¿O confiarían en que se hiciera solo? Debían de haber depositado grandes esperanzas en esta sustancia que yo había llamado post-mármol, para lanzar un concurso y pagar su hallazgo nada menos que con un supermercado completo y en funcionamiento. Lo que seguía siendo una incógnita era la estatua: qué representaba, y por qué valía tanto para ellos. Mi curiosidad, que había empezado a flaquear unos minutos antes por causa de los malentendidos, volvió a erguirse.

A todo esto Jonathan alzaba la voz, sacudía los formularios que tenía en la mano, fumaba nervioso, y los chinos bien vestidos (ahora yo veía que todos estaban de punta en blanco y muy a la moda) le respondían con severidad, terminantes, negativos. Una risita a mi lado me recordó al otro joven, que miraba en la misma dirección.

—¿No le dije?

Me indigné, comprensiblemente. Fui hacia allá haciendo a un lado mis prevenciones idiomáticas. Si hasta ese momento me las había arreglado para entender, no veía por qué no iba a hacerla en esta ocasión. Y, en efecto, una vez que hube conseguido meterme en la acalorada conversación, que proseguía en chino, y en el chino más arrebatado, capté que no le aceptaban los formularios a Jonathan por «un detalle formal», como había anticipado el otro Jonathan. Saber cuál era ese detalle no me resultó tan fácil. Asimismo, me resultó difícil hacerle entender a mi joven amigo que yo podía ayudarlo. Con toda la simpatía que había despertado en mí, sin hacer nada para despertarla, había que reconocer que sus modales dejaban mucho que desear. Me ignoraba, directamente. Seguía discutiendo con sus compatriotas. No le hacía efecto que yo le tocara el brazo, o que le señalara los formularios con mi Bic,

que había sacado del bolsillo, sugiriéndole que, con mi experiencia de burócrata, podía hacerme cargo de las correcciones necesarias.

Pensé en pedirle asistencia al otro joven, que se había quedado a cierta distancia y contemplaba la escena con ironía. Pero sentía cierto rechazo a hacerla intervenir. No quería que se acercara demasiado a Jonathan, no sé por qué. Y no fue necesario, porque al fin caí en la cuenta, sin ayuda, de que el problema no estaba en el llenado de los formularios, sino en algo más puramente formal, de hecho ridículamente formalista: le objetaban que no podían recibir los formularios sueltos; debían estar abrochados.

Fue entonces cuando me indigné. ¡Es que no podía tolerarlo! Levanté la voz hasta hacerme oír. Me constaba que estos sujetos entendían perfectamente el castellano. Les dije lo que pensaba de un requisito tan traído de los pelos; no les dije que en las oficinas públicas de la Argentina cosas así pasaban todos los días —pero no era un argumento a favor de ellos, porque en las oficinas públicas argentinas se generaba la misma indignación que estaban viendo en mí—. Los amenacé con llevarme el sapo. Era un bluff, porque lo que menos quería en el mundo era cargar de vuelta a mi casa esa piedra inútil, y había empezado a querer locamente el supermercado que me darían a cambio de ella. Para mi desmayo, el que lo tenía en brazos esbozó el ademán de devolvérmelo. Pero se frenó. Debió de ser un bluff lo de ellos también. Otro empezó a decirme que los formularios estaban numerados... Jonathan, entre las chupadas intermitentes al cigarrillo, lo interrumpió con vehemencia. Traté de hacerla callar, porque así no íbamos a ninguna parte. Los argumentos razonados valían más que los gritos. Y yo disponía de buenos argumentos.

¿Qué diablos tenía que ver que las hojas estuvieran numeradas? ¿No hacía más innecesario todavía abrocharlas? De pronto todos hablaban a la vez, tan alto que yo no podía distinguir si lo hacían en chino o en castellano (en realidad, no importaba).

En medio de ese maremágnum, tuve una revelación, tan obvia que no entendí cómo no se me había ocurrido antes. Se trataba de códigos culturales. Al ser extranjeros, provenientes de una cultura distinta, y al haber tenido que adoptar códigos ajenos, no podían saber qué era importante y qué no. Veían en la lista de requisitos para presentar un formulario «llevar el sello de la oficina autorizante», «estar abrochados», «tener los datos completos», y para ellos todo estaba en el mismo nivel. Claro que aquí se podía hacer una objeción: ¿acaso en la China no había burocracia? ¡Si ellos la habían inventado! Quizás esa objeción se respondiera diciendo que ante la burocracia todos somos extranjeros, o que la burocracia es, en esencia (y en eso radica su utilidad), un código ajeno.

Una vez comprendido esto, comprendí también que el obstáculo no era insalvable ni mucho menos: bastaba con buscar una abrochadora o un ganchito y sanseacabó. Miré en las cajas, dejándolos desgañitarse en chino. No. Qué iba a encontrar. Uno puede ver un millón de ganchitos a lo largo del día, pero si llega a necesitar uno, puede apostar a que no lo verá ni a palos. Además, se me cruzó el no tan peregrino



pensamiento de que una vez que se les presentaran los papeles abrochados, saldría a luz otra exigencia... Salvo que se les presentara un abrochamiento que les tapara la boca... Todas estas ideas me vinieron a la vez, seguramente porque, aun sin saberlo, ya debía de saber lo que haría.

Me metí una mano en el bolsillo. La chillona asamblea china enmudeció de golpe. Todas las miradas convergieron en mi ademán, en un suspenso expectante. Quizás temían que yo sacara un revólver. Para tranquilizarlos, y evitarme problemas, me apresuré a sacar el puñado de objetos pequeños que traía del otro supermercado, y los exhibí en la palma abierta. Ahí estaba: la hebilla dorada. La tomé con el índice y el pulgar de la otra mano, devolví el resto al bolsillo y la examiné, bajo la atenta mirada de los chinos (y del sapo, que a todo esto seguía con sus guiñas luminosos). Era una común y silvestre hebilla a presión para el pelo, no de plástico como había creído sino de metal, un metal muy liviano pero resistente. Lo notable era el dorado, muy brillante, producto, supuse, no de un mero baño sino de una buena electrólisis. Probé la elasticidad de la lengüeta interior. Extendí la mano y Jonathan, sin una palabra, me tendió el manojito de papeles. Con displicencia de ganador los acomodé golpeándolos de canto en el tablero de la caja, y los abroché con la hebilla en el ángulo superior izquierdo. La hebilla cumplía su cometido a la perfección.

## VIII

Recuerdo... Es lo que mejor recuerdo; casi podría decir que es el único verdadero recuerdo de la tarde de ayer, el que difunde su luz (una luz dorada) sobre todo el resto de lo que pasó, y hace posible que lo recuerde... Recuerdo la intensa felicidad que me produjo ese logro minúsculo. Una felicidad desproporcionada, como debería ser siempre la felicidad. Y el logro, si bien menor, casi irrisorio, había causado una impresión enorme entre los chinos, desproporcionada ella también. Fue eso más que nada lo que me colmó: ver sus caras, su petrificación. Era como si hubieran presenciado un milagro, un prodigio de magia. Me contagiaron un poco. Me sentí un mago. Y al mirar el fajo de formularios mientras pasaba de mis manos a las de Jonathan y de las de este a las del chino principal, veía brillar la hebilla como un astro, o como una condecoración mística.

Había sido una pequeña hazaña de la eficacia y la oportunidad. Una especie de coincidencia, y eso era lo que le daba su magia. En la explosión interna de euforia que me sacudió, sentí que ya todo se había solucionado y yo podía ser feliz, sin más. Qué equivocado estaba (y al mismo tiempo, ¡cómo acertaba!).

Por lo pronto, no hubo más palabras. Los chinos se fueron de inmediato hacia atrás, cargando el sapo, su trofeo. Los miré alejarse, en una perspectiva que retrocedía y cambiaba junto con ellos. Sus pasos se reproducían en una simetría inversa, hasta que se los tragó la abertura del fondo, donde se extendía el cielo lívido de los suburbios, el frío, el silencio. Desaparecieron en la fosa de los glóbulos, a hacer en secreto sus hechicerías.

Se había hecho el silencio también adentro. Un silencio que dejaba de ser chino: se reintegraba a mí, y necesité un largo momento para asimilarlo y volver a encontrar las palabras. El supermercado desierto se me volvía misterioso. ¿No estaba demasiado limpio, demasiado ordenado? Las góndolas se alineaban en una geometría de siglos, inhumana, cargadas de latas, paquetes, frascos, botellas, también alineados, el conjunto quieto y mudo en la espera. La visibilidad se me antojaba excesiva, como si el aire se hubiera extinguido, o hubieran vaciado de él alguno de sus componentes, el que filtraba la visión.

Quizás esta impresión de extrañeza me la provocaba la presencia, ella sí sobrenaturalmente aislada y recortada, del joven chino elegante, del que acabo de recordar el nombre (si es que lo recuerdo bien; si no, lo inventé): Rodrigo. No se había ido con los demás, ni se había acercado a la línea de cajas, donde seguíamos Jonathan y yo. Cuando me vio mirarlo, empezó a acercarse. Advertí que había en él una indefinible tristeza, más allá de la elegancia; y esta misma no era tanta: ahora que lo veía con cierta distancia, de cuerpo entero, notaba que tenía algo de desproporcionado, también indefinible. Lo indefinible era lo que hacía de nexo entre la desproporción y la tristeza, o lo que yo percibía como una cosa y la otra (y rara vez me equivoco).

Su cercanía, que nunca me había sido muy grata, en ese momento me impacientaba especialmente, porque necesitaba hablar con Jonathan y poner las cosas en claro. Pero mi joven amigo se había apartado. Por un momento no lo vi y me asusté. Estaba fumando en la vereda, aparentemente distraído. ¿Esperaría a alguien? No me gustó nada esa posibilidad. Hasta entonces todos mis presupuestos se habían basado en que actuaba solo, por su cuenta. Es decir, solo conmigo.

La preocupación debió de darme una expresión de fastidio, porque Rodriga cuando llegó a mi lado me dijo:

—¿Molesto?

Lo negué, sin mucho énfasis. Como dije, había empezado a darme pena.

—Ya me voy. Solo quería advertirles que las registradoras tienen un sistema de cierre óptico, y sin las registradoras acá nada funciona.

—Gracias por el dato. ¿Eso significa que el supermercado está... en nuestras manos?

—Si no abren las registradoras no podrán hacer nada.

—¿Pero las llaves no vienen junto con todo el resto?

—No hay llaves específicas para las registradoras. Acá se usaba un dispositivo general.

—¿Es una especie de trampa, entonces? ¿Nos dan el supermercado pero no lo que se necesitaría para que funcione?

Suspiró, como si todo lo que estábamos diciendo fuera inútil.

—Le aseguro, señor, que no es deliberado. No hay ninguna maniobra. Se habrán olvidado.

—Yo se lo recordaré.

Miró hacia el fondo, y me pareció que el ademán sugería que la partida era inminente. Lo confirmó diciendo:

—Ya me voy. Dejo de molestarlo.

—No me está molestando, al contrario. Le estoy muy agradecido por sus informaciones. Sin las cuales habría entendido menos de lo que estoy entendiendo. Y a propósito, ¿adónde se irán?

Entonces, con la mayor naturalidad, me hizo una revelación asombrosa. No sé cómo me la tomé tan tranquilo, seguramente porque no le creí del todo. Eran extraterrestres, y se volvían a su mundo, para lo cual debían cruzar gran parte del Universo. Lo dejé hablar. No hice preguntas porque no habría sabido por cuál empezar. Después fue dándome pie. Cuando me dijo que el viaje había terminado siendo un fracaso porque el pequeño grupo que había venido a la Tierra, los que yo había visto, habían empezado a sentir una nostalgia intolerable de su mundo, no pude menos que preguntarle si ese mundo de ellos era muy distinto del nuestro.

—No. Es idéntico.

—¿Cómo idéntico? Parecido, querrá decir.

—Idéntico, hasta el último detalle. Hasta la molécula, sería más exacto. —Qué

raro.

—No tiene nada de raro. Todos los innumerables mundos son idénticos. No hay la menor diferencia entre uno y otro.

—¿Y entonces por qué la nostalgia?

—¡Por eso mismo!

Respuesta intrigante, como todo lo que decía. Me pregunté (y no fue la primera vez, ni la última) si no estaría hablando en metáforas. No pude hacerme cargo de tanto doblez, pero lo intrigante mismo estimulaba mis razonamientos. Su desolación me hizo comprender que él había empezado a sufrir la nostalgia de la que me hablaba, pero en un segundo grado: si el mundo de ellos, al otro lado de las galaxias, era idéntico a este mundo nuestro, eso quería decir que este era idéntico a aquel, y ante la inminencia de abandonado lo atacaba una nostalgia anticipada. ¿Pero allá no se encontraría entonces con lo mismo que había aquí? Salvo que... La única explicación que se me ocurría era que aquí hubiera encontrado algo que no había allí... por ejemplo yo. Con estos seres de psicología tan diferente no se podían prever las reacciones. Era indudable que había sentido una atracción por mí: por algo se había mantenido a mi lado sin seguir a sus congéneres, y antes me había dicho cosas que probablemente eran secretos... Aunque, si su mundo era idéntico al nuestro, allá estaría yo esperándolo. (Eso no me gustaba, pero debía admitirlo.)

Era extraño, con todo, que seres tan avanzados como para cruzar el Universo se dejaran vencer por una emoción tan primitiva como la nostalgia. Me lo expliqué del modo siguiente: el viaje había introducido una diferencia en lo idéntico, y esa diferencia, si era cierto que todos los mundos del Universo eran idénticos, había causado un desequilibrio cósmico que ellos estaban padeciendo y llamaban «nostalgia».

De paso, este argumento me hizo descartar la explicación que había pergeñado instantáneamente cuando oí la palabra «extraterrestres»: a saber, que habían adoptado formato de chinos contando que a los occidentales todos los chinos nos parecen iguales, y de ese modo pasarían desapercibidos. No, no habían necesitado tomar formato alguno; les bastó con venir tal como eran...

Otra explicación posible para la nostalgia: lo idéntico eliminaba el tiempo. Quizás el motivo del viaje había sido buscar el tiempo, y lo habían encontrado, y no les gustaba.

Como se puede ver, no necesité hacerle muchas preguntas, prácticamente ninguna. Las cosas se aclaraban por su propia lógica. Mientras yo desarrollaba estos pensamientos, él se había ido hacia el fondo, después de decirme algo a lo que asentí sin prestarle atención, sumido como estaba en mis cavilaciones. Traté de reconstruir sus palabras una vez que hube salido de ese estado reflexivo, y me pareció que había dicho algo así como que iba a preguntarles a los otros si podían dejar abiertas las registradoras.

Me vi solo, apoyado en una de las cajas. Miré afuera, y Jonathan seguía allí,

fumando. Algo me había quedado resonando en la cabeza: la palabra «registratoras», que Rodrigo había repetido con una insistencia que me parecía deliberada. Tenía algo de antiguo, me hacía pensar en las viejas «cajas registratoras» de hierro y bronce, con teclas de nácar y timbrazos cristalinos. Miré las cajas, contra una de las cuales estaba apoyado: eran las banales computadoras que se usan hoy en día. Me pregunté si se las seguiría llamando «registratoras». Pero algo me llamó la atención, y aprovechando que estaba solo hice lo que nunca había hecho: me metí en una de las cajas, justamente en la que había visto que el compartimento del dinero, debajo de la pantalla, estaba abierto. En efecto, lo estaba. Contenía unos pocos billetes de dos y cinco pesos, y algunas monedas. Lo cerré y lo volví a abrir apretando el botón del teclado que decía «Open». Mi sospecha se justificaba: las «registratoras» de las que me había estado hablando el chinito eran otra cosa. ¿Qué?

Fue Jonathan el que lo descubrió, lo que tuvo algo de paradójico porque la clave estaba en la palabra, y su manejo del idioma, como ya dije, era deficiente. Aunque él no fue por el camino lingüístico sino por el de su conocimiento «desde adentro» del manejo de los supermercados. Además, no era necesario ser una lumbrera: las «registratoras» eran las cámaras de seguridad, que «registraban» lo que sucedía en el local. Elemental.

Rodrigo había encarecido la importancia de estos elementos; era sintomático que al oír hablar de importancia, yo pensara en la plata y en las cajas. La importancia de las cámaras debía de estar en la prevención de robos, que en esa zona del bajo de Flores debían de ser una amenaza permanente. Pero el empeño que puso Jonathan en localizarlas, antes de hacer cualquier otra cosa, era significativo. Empezó a recorrer todo el supermercado, de prisa, mirando los ángulos del techo y siguiendo con la vista el recorrido de los cables, tan atento a ellos que no veía por dónde iba y tropezaba todo el tiempo con las góndolas. Se me ocurrió que un momento antes, cuando estaba afuera y yo lo suponía distraído o a la espera de alguien, en realidad estaba buscando con la vista una antena o cables exteriores. Todo lo cual me hizo pensar que le importaban por otro motivo que el de la seguridad.

Preguntarle era inútil, así que traté de encontrarle por mi cuenta el sentido más probable. Siempre he sido bueno en eso, en conectar un dato con otro y encontrar la razón de su coexistencia. No digo que acierte siempre, pero siempre me permite seguir adelante. En este caso, tenía para empezar lo que me había dicho Rodriga, el chino supuestamente extraterrestre, acerca de un cierto papel esencial que cumplían esas cámaras, sin las cuales el supermercado no podía funcionar. No podía ser solo por los robos, que de hecho, por lo que sé, están incorporados como riesgo marginal en la contabilidad de esos comercios. Estos marcianos habían puesto en marcha un sistema de captura de imágenes por algún motivo ulterior, sobre el cual yo solo podía especular. No tenía mucho en qué apoyar estas especulaciones, tanto era lo que ignoraba del viaje, sus motivos y su mecánica. El principal punto ciego era el de la estatua, es decir el mármol. Ahí seguramente tenía que haber una clave importante: la

estatua debía de ser algo así como la nave, o el dispositivo, con el que volverían a su planeta. Era la nostalgia lo que les daba la urgencia de regresar, y esta urgencia había dictado todo el Operativo Sapo y la reconstitución del mármol.

A este punto había quedado adherida en mi mente una palabra pronunciada por el chinito elegante, no recordaba en qué contexto: «molécula». ¿Qué significaría? ¿La estatua sería una molécula? ¿La molécula sería el instrumento de reintegrarse a la identidad universal?

Pero estos interrogantes no me llevaban a ninguna parte; tendría que ir al fondo, vencer el vértigo que me producía ese abismo de bolitas, asomarme y ver qué hacían. Por el momento, volví a las imágenes. No debía de tratarse de un circuito cerrado de vigilancia, porque la palabra usada, «registradoras», sugería más bien un sistema de conservación o archivo. Y tratándose de extraterrestres, era inevitable pensar en un álbum de vistas del Universo, en colores y alta definición. Hoy día (y a fortiori en el futuro al que podían haber llegado estos seres) una imagen, sobre todo si es móvil, puede contener millones de bits y pents de información. La historia entera de la constitución de la materia estaba en los discos superfloppy de esas cámaras, en sus chips de diamante. Y no era solo la seca y fría cuestión científica; no eran números. O sí lo eran, también, pero la magia de la tecnología digital hacía que esos números se cifraran en los más bellos paisajes que ojos humanos hubieran visto jamás. Pabellones de nebulosas en llamas, rosadas atmósferas de gas de litio recortándose en mares de gravedad, círculos invisibles que giraban a grandísima velocidad, guirnaldas de novas, olas de nada volviéndose todo... ¡Y los colores!

Se explicaba a partir de esto un punto que habría podido intrigarme: que los visitantes del espacio hubieran elegido el bajo de Flores para radicarse en la Tierra: la proliferante delincuencia del barrio era la excusa perfecta para instalar todas las cámaras que quisieran.

Al encarecer para mí mismo el valor de las imágenes, se me abrió otra vía de comprensión de los hechos. El interés de Jonathan podía estar apuntado, desde el comienzo, a las imágenes, no al supermercado. Y su apuro por las cámaras y los cables en ese momento obedecía al temor de que los seres del espacio se marcharan con las imágenes, y le dejaran el supermercado como una cáscara vacía. Si era así, mis ensoñaciones de supermercadista propietario caían en el vacío.

Quedaba en pie mi parte de propiedad, en base al sapo. Si el botín eran las imágenes, la mitad era mía. ¿Qué se propondría hacer con ellas? Podía venderlas, a una cadena de televisión, o a un estudio de cine (podían ser una veta inagotable de efectos especiales). O bien podía meterlas en una computadora y lograr conocimientos y poderes fabulosos; esa segunda opción dependía de su capacidad intelectual, de la que su aspecto y modales de lumpen chino no prometían mucho; pero tratándose de la combinación de un joven y una computadora, nunca se sabía; quizás las quería para crear nuevos juegos de PlayStation. Sea como fuera, no habría la sociedad con la que yo había estado fantaseando: si había venta, nos repartiríamos

la plata y nos separaríamos. Y en el trabajo con la computadora, dada mi completa ignorancia del tema, yo no podría participar, ni de afuera.

A todo esto, mientras mi pensamiento me llevaba por su lado, Jonathan parecía haber llegado a alguna conclusión, porque volvía precipitadamente al sector de las cajas, de donde yo no me había movido, y empezaba a buscar algo. Me molestaba un poco, era inevitable, que actuara como si yo no existiera. Hacía rato que yo había decidido perdonarlo, poniendo su desatención en la cuenta de los códigos culturales distintos que manejaba, su deprimido nivel social, la escasa educación que podía haber recibido alguien criado en el ambiente de los supermercados chinos. Pero aun así, me creía con derecho, después de toda la ayuda que le había prestado, a algún gesto de camaradería.

Le pregunté si estaba buscando la central de las registradoras. Lo dije con acento de saber de qué estaba hablando, como para despertar en él algún interés en mí (qué patético). No le hizo mella, y no pude saber si fue porque yo había acertado de pleno, y él daba por sentado que estábamos sintonizados en la tarea, o porque había errado tanto que no valía la pena responderme. Quise creer que fue lo primero, y los hechos me dieron la razón.

Pero ¿fueron los hechos, realmente? ¿O todo siguió pasando en el plano de mis hipótesis? El pensamiento siempre se basa en los hechos, los vuelve «hechos significativos». Y en el curso de esta aventura, que tanto se parecía a un sueño, descubrí que la carga de significación de los hechos se multiplica portentosamente cuando son hechos extraños, imprevistos, por ejemplo, como en este caso, cuando participan extraterrestres. Entonces es natural que las hipótesis tomen vuelo, y sigan radicalizándose, en una escalada que enriquece positivamente la realidad.

Le dije a Jonathan que aunque encontráramos esa central, no sería fácil abrirla, o encenderla, o lo que fuera que se hiciera con ella; su sosías me lo había advertido. ¿No sería mejor ir allá al fondo y preguntarles?

Jonathan había encontrado al fin lo que buscaba, y lo estaba sacando con esfuerzo de abajo de uno de los mostradores laterales. Parecía pesadísimo, metálico, y lo más hermético que uno pudiera imaginarse. Y a simple vista (era un óvalo irregular con patas, del tamaño de una caja de zapatos) se lo veía inexpugnable. Insistí con mi propuesta de ir a preguntarles...

Me interrumpió, impaciente, con algo que, aunque no entendí bien, me abrió perspectivas nuevas y sorprendentes. Como siempre me pasaba con él, tuve que descifrarlo haciendo una precaria combinatoria, de tipo jeroglífico, entre sus mal articuladas palabras, sus ademanes, la expresión de su cara, y el contexto. Lo que dijo fue algo así como «están aquí...» y el gesto era de «no valer la pena» ir hasta el fondo del supermercado, bajar a la poza de glóbulos, porque, y esto se deducía del «están aquí» (si lo había oído bien y no había dicho «tanque» o «tranquilo», o algo que se le pareciera), si estaban aquí... «no estaban allá».

¿Qué podía significar eso? Lo único que se me ocurría era que los extraterrestres

se habían reintegrado a las imágenes, y ya no estaban en materia sólida sino en bits lumínicos. Era muy posible, muy coherente con todas las explicaciones que me había venido dando hasta entonces, aunque superficialmente contradijera alguna, por ejemplo la de la estatua. Digo superficialmente porque la estatua en el fondo es representación. La adopción de apariencias sosías era consistente con el uso de la imagen como vehículo, y hasta el mármol se volvía plausible, como sólido indiscutible después del paso por las imágenes. Toda esta didascalia era provisoria, pero me mantenía en la cresta de la ola del curso de los acontecimientos.

Jonathan estaba tratando de abrir el ovoide misterioso. Estuve a punto de dejarlo entretenido en eso e ir a mirar al fondo, a ver si realmente los pseudo chinos del espacio exterior se habían desvanecido. Pero algo me retuvo a su lado. Hice bien, porque tuve la oportunidad de volver a mostrar que podía serle útil —y por ese camino podía llegar a resultarle indispensable, lo que me resarciría de sus desdenes de joven maleducado.

El aparato se resistía a todos sus esfuerzos. Cuando lo vi dispuesto a recurrir al martillazo, lo frené. Más valía maña que fuerza. Me había acordado de la palabra con la que Rodrigo se había referido al cierre del dispositivo: «óptica». Eso hacía sonar una campanilla en mi memoria, y tuve una inspiración. Me llevé la mano al bolsillo, donde ya iban quedando pocos de los objetos insignificantes obtenidos por el cambio. Tal como lo sospechaba, allí estaba la cucharita lupa. La tomé con la punta de los dedos (era del tamaño de un escarbadiantes) y probé el aumento mirándome las huellas digitales. Si el cierre era de «óptico», la lupa podía abrirlo. Era un tiro al aire, pero con probar no perdíamos nada. Me alentaba en esta idea que me lo hubiera dicho Rodrigo; lo había lanzado como una pista, como una ayuda, quizás, seguramente, desobedeciendo órdenes de sus congéneres: es que él, a diferencia de ellos, no quería irse, por la reversión de la nostalgia ante lo idéntico.

Pasé a la fase operativa. Busqué el agujero que había en la cúpula de ese huevo gris de titanio, inserté delicadamente la cucharita, y una vez que tocó fondo y la hube dejado un momento para que actuase el aumento, empecé a girar. Tuve que emplear toda mi coordinación psicomental.

Se abrió. Para mí, la cara de admiración de Jonathan era recompensa suficiente. Él, en cambio, tenía más aspiraciones. Me pregunté si no habríamos abierto una caja de Pandora cósmica.



## IX

Hubo a continuación toda clase de motivos para calificar de imprudente la iniciativa de abrir el objeto metálico, sin saber qué contenía y qué podía salir de él. La culpa era más de Jonathan que mía, como creo haber dejado en claro en el relato precedente, pero supongo que quedó igualmente claro que yo puse lo mío, sin que nadie me obligara; más aún, mi participación había sido, como en los episodios anteriores, decisiva.

Aun a riesgo de perder el hilo de estas memoraciones, que voy sacando trabajosamente de mi galera interior, en este punto debo hacer una digresión porque los hechos subsiguientes se acumularon en tal cantidad y con tanta velocidad que en adelante no habrá ocasión para apartes de ninguna naturaleza. Hago un paréntesis, entonces, para intentar, sin mucha esperanza de éxito, responder a la pregunta latente: «¿Por qué yo?». Pregunta pertinente en tanto la repetición del mismo mecanismo, que esta última vez se había dado con la cucharita, me ponía a mí y a nadie más que a mí en la postura del que hacía avanzar la acción aportando la solución oportuna y perfectamente eficaz. Era como si Jonathan me hubiera traído con él como «auxiliar mágico», como talismán o genio de la lámpara. De ahí que me tratara con esa distracción que yo había venido tomando como falta de modales o incompatibilidad de códigos culturales. Yo era funcional a su aventura, y mi persona solo tomaba entidad cuando debía cumplir su función, y el resto del tiempo no existía para él. Esta posible interpretación implicaba que la aventura fuera de Jonathan, no mía; yo era apenas un instrumento... ¿Pero sería así en realidad, o solo un efecto del punto de vista?

Por lo pronto, yo había sido elegido. Jonathan me había seguido cuando salí del supermercado. Entonces, otra vez, ¿por qué yo? Después de todo, yo era uno de esos señores banales («un viejo», para el adolescente que él era) que van a hacer una compra al supermercado, sin nada que me distinguiera o que prometiera en mí algo especial, salvo que mi sobretodo Packard le hubiera hecho pensar que era rico... Descarté esto, en primer lugar porque no creía que Jonathan pudiera distinguir la calidad de la prenda, y en segundo lugar, que era en realidad el primero, porque me negaba a pensar que tuviera intenciones venales.

Pero los hechos se prestaban a la deducción, y había una bastante clara, si retrocedía un par de minutos del momento en que fui abordado. ¿Qué había pasado antes? Yo había estado negociando el cambio con ese cajero chino obsesivo, que me había llenado de baratijas inútiles... Ahí debía de estar la clave. Jonathan vigilaba la caja desde la calle, quién sabe desde hacía cuánto tiempo, esperando la improbable, improbabilísima ocasión de que algún cliente se llevara exactamente los objetos pequeños que se necesitaban para superar las pruebas que impondría la aventura, es decir las que lo habilitarían como «auxiliar mágico». Digo que era sumamente improbable que tal cosa pasara, y me quedo corto. En efecto, ese cliente providencial

(que resulté ser yo) tenía que elegir mercadería que costase una cantidad determinada de dinero, y tenía que pagarla con un billete de valor suficiente como para que hubiera que darle una cantidad determinada de vuelto, y el cajero debía carecer de cambio suficiente, y el cliente aceptar llevarse algunas baratijas... y después de que se dieran todas esas improbabilidades en su debida sucesión, todavía venía lo más difícil, que era que acertara a tomar justamente las que debía tomar, de entre la innumerable variedad colorida y abigarrada que tenía para elegir... No, definitivamente había una probabilidad entre tantos miles de billones que era como acertar con un átomo entre todos los que formaban el Universo. Eso hacía verosímil, y hasta necesario, que intervinieran los extraterrestres, que también eran una improbabilidad pero ya institucionalizada por la leyenda popular. La realidad es una gran coincidencia. Grandísima, si uno piensa qué enorme es la cantidad de unidades materiales e inmateriales que conforman la realidad. El mismo cálculo de lo innumerable que yo había hecho se aplicaba a todo. Para que un pajarito piara en un determinado momento se necesita el mismo cúmulo colosal de convergencias. El corolario de lo cual era que en toda historia, para que sucediera, tenían que participar los extraterrestres. En fin. Que sirvieran para algo. Aunque puestos en esta función tan cotidiana y repetida perdieran su *glamour* de rareza.

Ahora bien, si realmente había que pensar en cantidades cósmicas, ¿cuánto tiempo había tenido que esperar Jonathan? ¿Qué eternidades de cálculo de probabilidad tuvo que soportar de plantón, hasta que aparecí yo? Desde mi punto de vista era halagador que me tuvieran tanta paciencia. Había mucho de chino en esa virtud. También de animal, por ejemplo el gato que puede pasarse todo el día inmóvil con la vista fija en el agujerito del zócalo donde desapareció la laucha. Una paciencia sobrehumana, que le daba a Jonathan un brillo de tiempo que lo alejaba y agigantaba. Quizás ahí estaba el secreto de la atracción que había ejercido sobre mí, inexplicable de otro modo en un joven más bien insignificante.

Por otro lado, podía no ser tan complicado. Bastaba con que un cliente pagara con un billete grande, y el cajero se encargaba de manipular la cuestión del cambio de modo de hacer que se llevara la cantidad requerida de objetos. Y quizás los objetos podían ser cualesquiera, quizás no estaban predeterminados sino al revés: eran ellos los que determinaban el curso de los acontecimientos; el cliente podía llevarse unos u otros, al azar, de la gran variedad disponible: y según cuáles fueran así sería la aventura que viviría su portador.

Sea como fuera, quedaba en pie la pregunta con la que había empezado, y con la que me daba la impresión de que habría de terminar: ¿por qué ese cliente, ese protagonista, había sido yo?

La respuesta, si la había, tenía que estar en el sapo, porque el sapo contenía la sustancia misteriosa, y había estado en mi casa. No quería arriesgar una hipótesis cualquiera solo porque se me ocurría, ya que no había modo más seguro de caer en el delirio, pero lo más probable era lo siguiente: los extraterrestres, o una facción de

ellos, para combatir la nostalgia que los impulsaba a volver, habían «quemado las naves», como Hernán Cortés, es decir habían destruido su nave interplanetaria, desintegrándola en glóbulos. Pero se reservaron, porque nunca se sabe, la posibilidad de reconstituirla, escondiendo la sustancia necesaria para hacerla dentro de un banal sapo de piedra... Esto tenía que haber pasado muchos años antes, y con el paso del tiempo se había vuelto una leyenda, con las inextricables mezclas de verdad y poesía que tienen todas las leyendas. «Quemar las naves» había sido una decisión importante para ellos, un modo de desafiar a la nostalgia y comprometerse en el combate contra ella, pero también un estímulo a esa misma nostalgia, al hacerse imposible el regreso. Ese combate, esa resistencia al corrosivo sentimiento nostálgico, había sido el objeto del viaje. ¿Por qué si no iban a arriesgarse a una larga y peligrosa travesía del éter, si lo que estaba al fin del viaje era lo mismo que habían dejado al partir? Es que ya allá, en su hogar, habían empezado a sentirla, a la nostalgia; el mundo estaba en otra parte, era el mismo pero estaba lejos, al otro lado de los soles y las lunas; desde el momento en que la noción de lo idéntico se formula, es inevitable sentir la dolorosa lejanía de lo mismo. Comprendieron que a la larga la nostalgia sería su perdición: el virus que haría que todo dejara de valer la pena, que les quitaría las ganas de vivir. Y junto a ellos mataría al universo entero.

Hicieron lo que pudieron. Se adaptaron; eso era lo de menos. Lo difícil habría sido desadaptarse. El único problema serio, al principio, fue el del desfase horario: tardaban doscientos cincuenta millones de años en dormirse, y esos largos insomnios, quizás, fueron el origen de la melancolía que marcó toda su estada entre nosotros.

Hasta que llegó el día en que quisieron volver. ¿Por qué se decidieron? No lo sé; lo más probable es que no lo sepa nunca. Quizás porque dieron por terminada la experiencia, simplemente. Ahí intervine yo, cuando ya era imposible separar los hechos de la fábula. Tenían que recuperar el sapo que contenía el post-mármol, organizaron un concurso, pusieron las bases, en clave, en la televisión, etcétera, etcétera, etcétera. Sobre este simple esquema funcional yo había edificado todo un complejo de volutas y firuletes fantásticos, casi casi de esa ciencia ficción que aborrezco.

Y todavía quedaba una sorpresa más. Cuando abrimos la caja, que era efectivamente la caja «registradora» de las imágenes, estas se liberaron todas a la vez. La liberación fue casi una explosión, tantas eran las imágenes «registradas». Por lo visto ellos habían desarrollado una tecnología de compresión que les permitía conservar en el reducido espacio de la caja una cantidad incalculable de imágenes, quizás todas. Debía de haber un dispositivo para extraerlas de a una, o en series limitadas. Levantar la tapa, así nomás, era una salvajada que solo se le podía ocurrir a unos terráqueos ignorantes como nosotros. Se produjo un torbellino que nos arrastró, en una confusión de corrientes de aire tan fuertes que nos sacudían y casi nos levantaban en vilo. Las imágenes en tanto imágenes son inmateriales, pero nadie puede decir (nosotros pudimos, por haberlo experimentado en carne propia) cuál sería

el efecto de todas las imágenes descomprimiéndose de pronto. A las turbulencias en el aire se sumó un sonido, el más violento e irritante que exista. Parecía una sirena, pero apocalíptica; iba creciendo aceleradamente en intensidad, y en segundos ya nos estaba perforando los tímpanos. Debía de haber una explicación para ese sonido, y si yo me hubiera puesto a pensar en ese momento la habría encontrado, porque tengo una confianza absoluta en encontrar explicaciones; si me pusiera a pensar ahora que tengo tiempo y estoy más calmado, ídem: pero ahora ya no importa. Debía de ser algo relacionado con el trazo del arco de las ondas, tanto las visuales como las sonoras; ese arco se va ampliando hasta llegar a la línea recta, que es la del láser o la sirena, etcétera, etcétera, etcétera. (Cada vez tengo menos ganas de escribir.)

Jonathan hizo un vano intento de volver la tapa a su lugar. No lo consiguió, claro está. Se tambaleaba y bailoteaba como un monigote; yo debía de hacer lo mismo. Mi cara se había contraído en una mueca, como si me estuvieran arrancando los dientes uno a uno. No estaba seguro, tanta era la fuerza de las corrientes de aire-imagen que me sacudían, de poder mantener la posición vertical mucho más. Con no escasa sorpresa vi que Jonathan me dirigía una mirada de reproche. ¿Por qué a mí? ¿Yo qué culpa tenía? Es cierto que yo la había abierto, pero lo había hecho, como casi todo lo que había hecho, para darle el gusto a él. El sentimiento de injusticia se sumó a la tortura de los oídos (debía de faltar poco para que nos estallaran los tímpanos) y al bamboleo que nos producía la conmoción de los átomos del aire. Había que tomar una decisión rápida, pero si queríamos ponernos de acuerdo tendría que ser por señas, porque hablar por encima de ese ulular estaba fuera de cuestión. Nuestra incipiente sociedad parecía perseguida por los problemas de comunicación.

Levanté la vista y volví la cabeza a ambos lados, en el ademán clásico del que busca una ruta de escape. Me di cuenta de que el sonido, a segundos apenas de haberse iniciado, ya llenaba todo el interior, rebotaba en las paredes, giraba, atorbellinado, se entrelazaba con sus propios ecos anticipados, el aire vibraba como un millón de chapas, el espacio mismo se había vuelto una tuba. Huir era una prioridad. Pero no hubo que decidir nada porque, como dije antes, fuimos arrastrados. El supermercado se había vuelto un silbato gigante. El sonido y el soplo eran una sola cosa. Nos llevaba hacia el fondo; yo habría preferido ir hacia la calle, pero resistirse era quimérico. Jonathan gritaba algo, que no oí: solo lo veía mover los labios. Supuse que decía: «¡La policía!». Era bastante probable que lo dijera, porque alguien tenía que acudir a ese terremoto atmosférico y ese ruido; los vecinos debían de estar llamando al 911. La mera idea de tener que explicar mi presencia ahí me desalentaba. Decidí que pasara lo que pasara no hablaría de extraterrestres; no solo no me creerían sino que ni siquiera creerían que estaba loco: lo tomarían como un ardid para disimular intenciones criminales bajo la máscara del loco. Pero al mismo tiempo supe que inventar una historia cualquiera me sería imposible, tan imposible como decir la verdad. No quedaba otro curso de acción que dejarse llevar y confiar, con la ingenuidad de un niño de antaño o de una beata de siempre, que la Providencia

querría lo mejor para nosotros dos. El impulso se había descontrolado, y la sirena ya no parecía una sirena sino el aullido desesperado de un animal.

La pared inexistente del fondo nos tragó. Cuando saltamos al vacío quedó demostrado que el supermercado era un medio, no un fin. Su realidad era indiscutible, pero no se agotaba en sí misma. Era apenas el umbral a otras realidades, funcional a ellas. Junto con nosotros se precipitaron las imágenes, ya expandiéndose aunque sin hacerse visibles. Cuando encontraron el aire libre (el supermercado evidentemente había actuado como un tubo) se dispararon en todas direcciones y dejamos de sentir la extrema presión con que nos habían venido propulsando. No hicimos pie, empero, porque ya estábamos sobre el vacío. Nos atrajo el hoyo. De pronto estábamos en plena caída, lo que era por demás alarmante (me vi con todos los huesos rotos). Recapacité, en la medida en que podía hacerla en esas circunstancias de urgencia, y no entendía por qué no habíamos tenido la sangre fría de aferrarnos a algún objeto. ¿Tan fuerte había sido la tracción? Ahora, en la caída libre, parecía lejana y ficticia; lo mismo la sirena, que sonaba lejana, como si nos hubiéramos puesto de espaldas a las ondas. No habíamos opuesto ninguna resistencia, negligencia que siempre hay que recriminarse, si bien durante las aventuras hay, o debería haber, cierta tolerancia. Era la primera vez en mi vida que me encontraba en caída libre. Podría decirse, como se dice en cierto momento del desarrollo de la acción, «las cosas se precipitaban», salvo que en este caso los que nos precipitábamos éramos nosotros.

Jonathan pataleaba y manoteaba en el aire, imitando a un gato, o a la idea que él se hacía de un gato. A mí, que desprovisto de su flexibilidad caía a su lado como una pesada bolsa de papas, me pasaron mil cosas por la cabeza. La primera de las cuales era, convencionalmente, «esto no puede estar pasándome a mí». En ese momento fue un *flash* de intuición, pero al recapitular y pensarlo me doy cuenta de que esa frase es el compendio del realismo. Y como mi brújula en el laberinto de los hechos, desde mi entrada al mundo de los supermercados chinos, había sido la realidad, también en esta ocasión transformé la intuición en una apreciación realista de lo que estaba pasando. No sé si habíamos caído en una trampa bien preparada, o si nos lo habíamos buscado nosotros mismos, pero lo que habíamos liberado, con nuestro manejo brutal de la caja, tenía que ser algo más que un viento fuerte. De los extraterrestres, de todos los innumerables extraterrestres que ha inventado la ficción popular, no se sabe nada con certeza, salvo una cosa en la que todos están de acuerdo: que no dan puntada sin nudo. Eso se debe a su pertenencia a la susodicha ficción popular, en la que nunca quedan cabos sueltos. De modo que no podían haberse puesto a acumular imágenes porque sí, por *hobby*. Debían de haber perfeccionado la transmisión de imágenes a distancia, de modo de poder incorporarse ellos mismos a la transmisión, y viajar. Después de todo, las imágenes de por sí son una forma de transmisión. No hay más que acentuar un poco en ellas ese aspecto para que se vuelvan vehículos tan eficientes como rápidos. Así era como habían venido. Las imágenes eran el combustible que

necesitaban. Era por ese motivo que habían hecho acopio. Y ahora, por nuestra torpeza e imprudencia, las imágenes se habían apoderado de nosotros. ¡Nos estábamos transportando, en forma de imágenes! Eso explicaba que no viéramos nada. Éramos, momentáneamente, imágenes, y las imágenes no ven. La máquina que habíamos echado a andar sin querer nos estaba llevando a otro mundo. Era apenas una hipótesis, pero bastaba pensarla, y formularla con esas palabras (¡nos estaban llevando a «otro mundo»!) para sentir el más justificado terror. Por suerte las fracciones de segundo de la caída no daban tiempo para calcular las consecuencias y dejarse ganar por el pánico, proceso que, si bien rápido en general, requiere algo de tiempo. Y estaba el hecho de que, si no me habían mentido, ese otro mundo era idéntico a este.

Lo que no se me había ocurrido hasta entonces, aunque era de la más simple lógica, es que al ser dos mundos idénticos no había un mundo y otro, no había diferenciación, y por lo tanto no había número. Es decir, no eran dos. Podía ser cualquier cantidad. Desde que dejaba de ser uno, era una cantidad indefinida. O, mejor, una no-cantidad.

Y si puede parecer imposible (hasta a mí me lo parece, cuando lo recuerdo) que en el lapso ultrabreve de una caída haya podido desplegar estos razonamientos, debo recordar (y recordarme) que de una cosa salía otra por lógica, y la lógica, a diferencia del relato, no usa tiempo, es instantánea como las matemáticas.

En cambio sí habría necesitado tiempo para generalizar y hacerme cargo del daño que podíamos estar haciéndole al mundo, al viejo y único mundo en el que habíamos vivido hasta entonces. No me explico cómo, pero tuve tiempo para hacerlo. Debía de haber tiempo marginal; o bien la comprensión de la lógica había producido una expansión compensatoria.

El mundo en general podía verse afectado por esta fuga involuntaria que estábamos protagonizando. No porque fuéramos tan importantes. Aunque hubiéramos sido dos briznas de pasto, dos protozoarios, dos átomos, el efecto habría sido el mismo porque el mundo era un sistema solidario hasta en su más ínfima pieza. Y como no podía seguir funcionando sin una pieza, ¡podía colapsar! Pero esto último era improbable; me estaba dejando ganar por el vocabulario de la ciencia ficción. Un dispositivo de protección que no podía faltar en un aparato tan sofisticado como el mundo haría que todos los seres que lo habitaban se transportaran también, colándose por el agujero que habíamos abierto nosotros. Así se establecería el equilibrio, al costo de una transformación completa. No se la notaría porque el resultado de la transformación sería un mundo idéntico al transformado; eso me daba cierta impunidad para seguir especulando.

Pero otro mundo, aun siendo idéntico, era otro. Y, como ya había decidido, eran otros innumerables. Rebotábamos de mundo en mundo, en la instantaneidad vertiginosa de la lógica. La impunidad se volvía responsabilidad. En mis manos estaba el destino del cosmos volviéndose otro... Con toda la simpatía que me había

despertado Jonathan, no podía confiar en él, que no tenía más horizonte que el mezquino rédito de los supermercados chinos. O sea que no quedaba otro que yo para asumir la tarea.

Sentía una voz que me alentaba, diciéndome que yo podía hacerla, que solo tenía que confiar en mí mismo:

—¡Debes hacerla a tu modo! ¡En tu estilo! ¡Debes encontrar tu propio estilo!

Curiosamente, algo tan remoto a mis posibilidades como ser original y olvidarme de las reglas me pareció factible en ese momento. En realidad, nada de eso era nuevo para mí. Era un camino que mis narraciones mentales ya habían recorrido, y no mucho tiempo atrás. Un día, una tarde de ese mismo invierno, yo estaba sentado en un banco de la plaza de la Misericordia, y me puse a contemplar un perro dormido. Puede parecer un objeto poco apto para atraer la atención, pero en el estado en que me encontraba yo agradecía cualquier cosa que me distrajera. Mi estado era, previsiblemente, de un gran abatimiento. Qué otra cosa esperar de la desocupación, del sentimiento acumulado y creciente de inutilidad, de la culpa que teñía cada fibra de mi matrimonio. Mientras yo dejaba que las horas se arrastrasen en mí como sierpes adormecidas, mi esposa se mataba trabajando. No se quejaba, no me lo reprochaba. Y en el trabajo, me constaba (dolorosamente), ponía una dedicación y una responsabilidad sin mancha. Su ética era la de un samurái. No esquivaba ninguna de las exigencias del deber. Yo en cambio, con la excusa de mi mala salud, me dejaba estar... En el fondo no podía ocultarme a mí mismo que lo hacía con gusto. Lo hacía porque quería, por una profunda debilidad moral. Porque nada me habría impedido buscarme una ocupación compatible con el estado de mis válvulas cardíacas. Mi voluntad estaba torcida, y no podía hacer más que lamentarlo, y ese lamento me sonaba hipócrita, con lo que se cerraba el círculo de la culpa.

El perro dormido era, por lo demás, un espectáculo digno de mirar. No solo a mí me había llamado la atención. La gente que pasaba a su lado se detenía a mirarlo, los perros lo olían, todos debían de pensar lo mismo que había pensado yo: que estaba muerto. Pero a juzgar por las risas que provocaba no era así: los que se inclinaban a verlo de cerca lo sentían respirar. Y entonces se volvía cómico, en su indiferencia al público de la plaza, en su decisión de hacer una siesta a gusto. Y dormía profundo de verdad. Los chicos, y algunos grandes, se divertían levantándole una pata: al soltarla caía como un objeto inerte. Era imposible no envidiar ese grado de relajación.

Se me ocurrió que si yo tuviera la paciencia necesaria podría quedarme donde estaba hasta que el perro se despertara. Al mismo tiempo, supe que no lo haría: la paciencia no es mi fuerte, y ya estaba aburrido. Sin embargo, me quedé un poco más, paladeando la sensación rara de que era yo el que se despertaba a una realidad súbitamente multiplicada. Pensé: el mundo en el que uno se despierta es otro que el mundo en el que uno se durmió. Basta con abrir los ojos. Otro mundo, pero no soy de los que creen en mundos con cielos rojos, árboles de níquel, montañas vivas y habitantes parecidos a escarabajos... No. Nunca cedí a esas vistosas fantasías, y allí

en la plaza frente al perro dormido supe que tenía una causa por la que levantar mis últimos restos de vigor moral. Veía en esa resistencia a las vanidades de la ciencia ficción una misión redentora autoimpuesta, que compensaría de algún modo mis agachadas en la vida: reivindicaba el mundo tal como era, sin buscar la excusa de ninguna modificación conveniente para mí.

El otro mundo al que se despertaría el perro (y yo, hipotéticamente) sería idéntico a este, pero no el mismo. Una duplicación. ¿Pero cómo...? Con ese reflejo tan propio de los desocupados, que no tienen otra cosa que hacer que calcular cuánto tiempo y esfuerzo llevaría hacer las cosas, traté de imaginar cómo podría construirse un duplicado del mundo. Levanté la vista a los árboles, los viejos árboles de la plaza, y más allá el cielo con sus nubes, y abajo la gente que pasaba, los chicos jugando... Todo era innumerable en sus formas, en sus contornos y volúmenes. En sus movimientos. ¿Cómo reconstruirlo, punto por punto, en otro lugar del universo? (Peor aún, cómo hacer que ese lugar también fuera idéntico, sin dejar de ser otro.) Reproducir una sola de las hojas de uno de los árboles, con los medios humanos artesanales, ya llevaría años de trabajo, y darle a esa segunda hoja la misma vida que la primera, su verdecer, su secarse y caer y bailar en el viento y descomponerse en la tierra, célula por célula y momento por momento, habría requerido un ingenio y un saber sobrehumanos. ¿Y hacerla con todas las hojas del mundo, y las piedras y las moscas y los autos y nosotros los humanos con cada uno de nuestros pensamientos...? Y además los planetas, las estrellas, las novas y los agujeros negros... Nadie podría hacerlo. Era de esas cosas que ya están hechas.

Lo pensaba sentado en la plaza, sin saber que a pocos metros, en la puerta de mi casa, estaba el sapo, la contraseña de piedra que haría que los viajeros de los mundos me eligieran para la aventura. Salvo que me hubiera elegido yo mismo, en cuyo caso el consejo de mi voz interior (de confiar en mi intuición, de seguir mi propio estilo) era superfluo, porque yo lo había hecho desde el principio.

Pero ya no era el principio. Era el final. Estábamos en el último y definitivo estadio de la aventura, cuando ya se anticipa que, a pesar del peor de los peligros, habrá un final feliz. Las miniaturas del chino habían venido marcando el orden de la serie, dando la solución, y quizás creando el problema, en cada paso sucesivo. Deberían hacerla también en este predicamento supremo en que me hallaba. ¿Me quedaba alguna? De lo que estaba seguro era de que no había entre ellas un paracaídas. No sé si estaba cabeza abajo, creo que sí, y aunque no veía nada vi algo brillante cayendo junto a mí. ¿Sería Jonathan, transformado en un agujerito de oro? No lo creí improbable, tantas mutaciones había estado dando por sentadas en la última hora. Pero no. Era uno de los famosos y recurrentes objetos pequeños, el último que me quedaba en el bolsillo, del que había sido extraído por la fuerza de gravedad en una de las volteretas que había dado: el anillo. Y no era de oro, claro está, sino de plástico chino dorado, una baratija inútil de la que yo me había apoderado solamente por hastío y ganas de terminar de una vez. Una repentina



confianza se apoderó de mí: si todos los demás talismanes del cambio habían servido, ¿por qué no iba a servir este? Un anillo, así fuera de juguete, era un objeto eminentemente simbólico. Y hay una historia, que conozco imperfectamente, de un anillo que vuelve invisible a su portador. Nada impedía que fuera este (es cierto que nada lo aseguraba tampoco); la invisibilidad era el perfecto escudo protector contra el embate de las imágenes. Estiré la mano para tomarlo. No fue necesario. Pasó algo notable: de una, ensarté el dedo en él, en el aire como la sortija de la calesita. O bien el anillo se ensartó solo en mi dedo, como cuando el calesitero aceptaba el soborno del papá y le metía la sortija en el dedo al niño. Me pareció un excelente augurio. Había quedado en el anular de la diestra, junto a la alianza; en una especie de bigamia mística yo quedaba casado a la vez con mi esposa, mi sacrificada y leal esposa, y con la realidad revelada.

Con el anillo en el dedo y los faldones de mi sobretodo Packard revoloteando alrededor de mí como albatros negros alborotados, me sentí seguro. O no tanto...

## X

El aterrizaje fue un anticlímax. Fue como si no cayéramos de ninguna parte. La explicación que me di fue que durante la supuesta caída libre de nuestros cuerpos los glóbulos estaban en un flujo de reabsorción, y cuando tocamos el suelo el proceso había concluido, sin dejar rastros. Era lo que podía y debía esperarse: los extraterrestres nunca dejan huellas materiales, de modo que los testigos no tengan nada con qué probar sus relatos. No está mal, y los admiro por ello. Es lo que hay que hacer. Ojalá yo tuviera esa habilidad.

En efecto, el sitio donde caí (de pie, apenas tambaleándome un poco) era el patio trasero del supermercado, un patio muy precario, con piso de tierra, paredes sin revocar contra las que se apilaban cajones vacíos y basura, una bicicleta oxidada sin ruedas, una canilla de la que colgaba una manguera amarilla medio podrida... Arriba, el mismo cielo gris de la tarde, la misma luz, lo que me indicaba que había pasado muy poco tiempo.

Un quejido me hizo volver a la realidad. Miré. Jonathan estaba en el suelo, a unos metros de mí. Sentí un miedo repentino. Seguía pensando, de acuerdo con mi hipótesis basada en los hechos, que habíamos viajado en imagen, movidos por la fuerza explosiva de los registros extraterrestres al abrirse la caja que los contenía (aunque, de ser necesario, podíamos explicar nuestra salida por la molestia que nos provocaba el ruido excesivo de la alarma, o simplemente por el deseo de tomar aire). Ese tipo de transporte siempre me había parecido peligroso; al recuperar el cuerpo sólido a la llegada podía haber partes cambiadas, o que faltaran, o sobran. Recordaba el caso de la película *La mosca*, y sus terroríficas consecuencias. Me acerqué, todavía sin dejar de tambalearme, y no tardé en tranquilizarme al entender que lo que le había pasado no era más que un simple tropiezo, con el consiguiente esguince, o mera torcedura. Sucedió que Jonathan y yo habíamos sido eyectados de la puerta trasera del supermercado en distintas direcciones: el paso estaba expedito en la que me tocó a mí, pero en la de él había un objeto que lo hizo caer. Seguía quejándose, aparatosamente. Me incliné a preguntarle si le dolía. Me respondió malhumorado, y más incomprensible que nunca. Como siempre, prevalecían sus malos modales.

Pero yo ya estaba curtido; lo aceptaba tal cual era. Y ahora, después de todo lo que habíamos pasado juntos, más que nunca. Porque después de todo era casi un niño, un niño grande pero con todo lo perdonable de la infancia. En el accidente había perdido una de las ojotas, y su pie desnudo era un alabastro amarillento sobre la tierra oscura. El pelo le caía sobre la cara, contraída en una mueca de dolor que me pareció un poco teatral. En los jóvenes las caídas, golpes y torceduras nunca eran tan graves. Hice el ademán de tomarlo de las axilas para ayudarlo a levantarse, y se mostró colaborador. Pero cuando todavía no se había puesto de pie ya volvía a dejarse caer, soltando otro «ay». Busqué a mi alrededor algo en lo que pudiera sentarlo (uno de

esos cajones vacíos serviría), y solo entonces vi el objeto con el que se había tropezado: una losa de mármol blanco de unos treinta centímetros de alto. Era un objeto incongruente en ese lugar, pero no en la historia. Al mármol se lo veía viejo, amarillento en partes, semihundido, pero con la cara superior bastante pulida. Desencadenó en mi mente una serie de asociaciones, que hicieron volver mi alarma.

¿Quién podía asegurarme que Jonathan habría salido indemne de la fragmentación de las imágenes? O debería decir: de la irresponsabilidad de las imágenes. La superficialidad de las imágenes. Las imágenes sin función, juguetonas, saltarinas, cubistas, abstractas... Eso las hacía aptas como vehículo a través de la identidad de los mundos, pero nada garantizaba su aptitud, más bien todo lo contrario, para reconfigurar un organismo que funcionara. Y el cuerpo humano tenía tantos volúmenes interconectados que sus imágenes, por bien hechas que estuvieran y por mucho que respetaran las reglas de la perspectiva, no aseguraban nada, al contrario. Yo lo sabía bien, por los métodos de diagnóstico no invasivos que habían practicado en mí.

Mi responsabilidad ante el mundo se trasladó, sin reducirse, a este chico chino que el destino había puesto en mi camino. Al verme en ese patio había pensado «al fin solos». Esa frase hecha, por un lado expresión de alivio y expectativa, por el otro me dejaba a mí como único auxilio. Pensé rápido que corregir las imágenes desacomodadas en el cuerpo de Jonathan (si es que en eso consistía el problema) era más de lo que yo podía hacer. No sé nada de anatomía, y mucho menos de las técnicas sofisticadas que se necesitarían para poner en práctica ese conocimiento. Los extraterrestres sabrían, pero ya se habían marchado. Y no podía esperar ayuda de los gadgets providenciales que había tomado en lugar del cambio, porque se habían terminado. Bastante habían hecho ya. Ahora estaba librado a mi solo saber e ingenio, y no se me ocurría nada. No se me habría ocurrido nada ni en mil años.

Pero... ¡Un momento! Había hecho mal la cuenta. Después del anillo había tomado todavía algo más. Busqué en el bolsillo, y ahí estaba, el pequeño objeto olvidado: una cámara fotográfica del tamaño de un dado, de una sola foto, lo más mínimo y rudimentario que hubiera en cámaras. Lamenté el olvido porque seguramente su función había sido la de registrar a los extraterrestres y conservar una prueba visual concreta de su existencia. Ahora ya era demasiado tarde.

Pero todavía podía servirme. Su existencia misma creaba su función. Como dije, estaba pensando rápido. La camarita, por minúscula y primitiva que fuera, no podía carecer de sustancia fotosensible, para fijar las imágenes. Era cuestión de extraerla y usarla. Abrí el dado de lata negra con la uña y miré en la cara interna de la pared del fondo, opuesto al objetivo (que no era más que un agujerito con tapa). Como lo esperaba, vi que había un delgadísimo papel cuadrado, de un centímetro de lado, empapado en la solución gelatinosa. Lo arranqué, y lo hice una bolita amasándolo con el índice y el pulgar. Entonces apreté, y salió una gota, que recogí en la yema del índice de la otra mano. Era una gota pequeña, cristalina, ligeramente irisada, entre

líquida y viscosa. Me pregunté si alcanzaría, pero de inmediato descarté la duda: la cantidad no importaba, si realmente estábamos en el plano de los absolutos. Se la apliqué en el pie, donde parecía estar el dolor a juzgar por su gesticulación. El dolor era una señal infalible: ahí había nervios vivos y dispuestos a llevar a todo el cuerpo el mensaje que se les entregara. Froté en el hueco bajo el huesito del tobillo, en la parte interna del pie. La sustancia penetró como el rayo, hasta el canal más profundo del joven.

Una vez terminada la operación, me aparté y me senté en el mármol. Estaba exhausto, menos por el ejercicio que por la extrema tensión en que había sucedido todo. Vi, como en un sueño, que Jonathan se arrodillaba, totalmente restablecido. Solo entonces pensé en mí. No había ahorrado la menor porción de la gota. ¿Me había sacrificado? Si lo había hecho, había sido involuntariamente. Me cruzaron por la imaginación las distintas alteraciones que podía haber sufrido, por ejemplo las partes del cuerpo que me podían estar faltando. Alcé las dos manos, abriendo los dedos; estaban todos. Pero me inquietó, no sé por qué, otra posibilidad. Así que bajé las manos tal como las había subido, las llevé a la hebilla del cinturón, lo aflojé apenas lo necesario y con un movimiento discreto me bajé los pantalones hasta medio muslo, siempre sentado en el mármol, cuyo frío sintieron brevemente mis nalgas. Tuve la intensa satisfacción de ver que todo estaba en su lugar... En fin. Era eso. Me dio trabajo, pero terminé recordándolo.

21 de diciembre, 2009



César Aira nació en Coronel Pringles, Argentina, en 1949. Desde 1967 vive en Buenos Aires, dedicado a la escritura de novelas, ensayos y muchos textos que oscilan entre ambos géneros y a la traducción. Aira es uno de los narradores más radicalmente originales, imaginativos, inteligentes y delirantes. Su obra ha sido publicada profusamente en Argentina, Chile, México y España, y sus novelas han sido traducidas a más de veinte idiomas.